

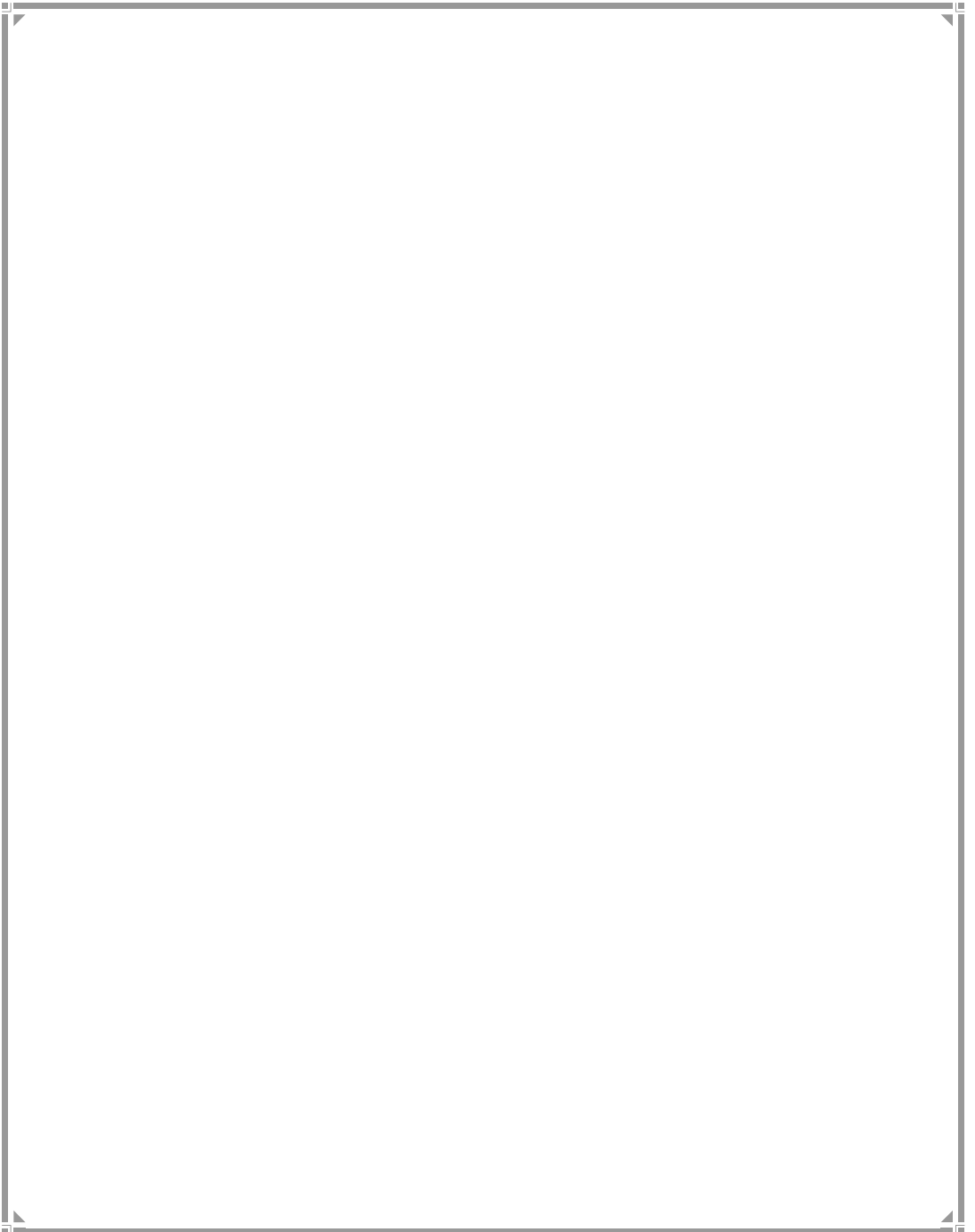
MARIO BERMÚDEZ

BREVE HISTORIA DE LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS EN COLOMBIA



Un relato histórico, debidamente documentado, sobre la llamada *Ultima Guerra Civil Colombiana*, entre liberales y conservadores, sumiendo al país en la miseria económica, propiciando la separación de Panamá y dejando más de 300.000 muertos.





BREVE HISTORIA DE LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS EN COLOMBIA

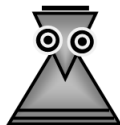
Recopilación y adaptación del libro

La Ley de los Caballos (2006) de Mario Bermúdez

Mario Bermúdez

**BREVE HISTORIA DE LA GUERRA DE
LOS MIL DÍAS EN COLOMBIA**

Recopilación y adaptación del libro
La Ley de los Caballos



AlcorQuid
2014

Si desea comunicarse con el autor,
escriba al correo: bermumar@yahoo.com
o marberdez@gmail.com



Si desea hacerle una contribución al autor, comuníquese con él a alguno de los correos de arriba. Le sabré agradecer.

FACEBOOK: [FANS PAGE](#) (AlcorQuid)

TUWITTER: [@alcorquid](#)

Tabla de contenido

<i>LA GUERRA DE LOS PASQUINES</i>	7
<i>ESTALLA LA GUERRA</i>	22
<i>LA BATALLA DE PERALONSO</i>	30
<i>LA BATALLA DE PALONEGRO</i>	40
<i>EL TIEMPO DE LA DESIDIA</i>	49
<i>EL COMIENZO DEL FIN DE LA GUERRA</i>	72
<i>EL TRATADO DE NEERLANDIA</i>	85
<i>EL FINAL DE LA GUERRA CON EL TRATADO DE WISCONSIN</i>	90
<i>EL CENTENARIO DE LA GUERRA</i>	107
<i>TABLA DE ILUSTRACIONES</i>	113
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	115
<i>ÍNDICE</i>	116

La guerra de los pasquines

«El próximo 20 de octubre de los corrientes se declara la revolución liberal en contra del gobierno conservador. Invitamos a todos los liberales a que se sumen a la insubordinación por la defensa de los derechos cohibidos al pueblo liberal. ¡Con las armas obtendremos la victoria! ¡Abajo la tiranía goda! ¡Viva la República Liberal! ¡Muerte a la dictadura conservadora! ¡Viva la revolución!»

Lo que anunciaban los cientos de pasquines que amanecieron pegados por doquier en Bogotá, era una verdad que



Ilustración 1: Rafael Núñez

todo el mundo sabía y comentaba en las tiendas y ventorrillos, en los cafés y en el atrio de la catedral, en las calles y en los parques. Era una guerra anunciada, era la prolongación de los enfrentamientos entre conservadores y liberales que nunca terminaban para desgracia de una nación desangrada sin piedad a consecuencia de los intereses partidistas sustentados en las propiedades latifundistas y la ambición del libre cambio comercial, que se escondían detrás de la mampara de la religión Católica. Aquel anuncio de los pasquines, no era más que la prolongación de un estado de cosas desde cuando Rafael Núñez, un liberal independiente que había destronado de forma implacable la

Constitución de Rionegro, la constitución de los ángeles y la más liberal de todas, había buscado el apoyo de los conservadores y había emprendido el retorno de la Regeneración para



Ilustración 2. Grupo de militares posando

volver al estado clerical en manos de una nueva constitución que todo lo prohibía y que había sido redactada por Miguel Antonio Caro, en compañía de otros ilustres gramáticos, dándole poder de rey al presidente de la República, siempre bajo la bendición de los clérigos. Así andaban las cosas, entre los rumores de conciliábulos en contra del gobierno y, como si fuera poco, a la antesala de la guerra se sumaba la división de los conservadores entre Históricos y Nacionalistas quienes echaban el pulso del

poder, mientras los liberales en distintos sitios de la nación escondían las armas debajo de la tierra y entre los establos, siempre preparando, o continuando, la guerra imposible. ¡Solamente había que esperar la orden del nuevo levantamiento revolucionario!

Así que mientras los liberales preparaban la guerra, los conservadores, en su lucha intestina, se disputaban el poder. Lo que más hubiera deseado don Miguel Antonio Caro era perpetuarse en el poder, pero las martingalas de su intención habían fallado porque se había retirado del gobierno para no inhabilitarse para las siguientes elecciones, nombrando al general Guillermo Quintero Calderón como su reemplazo con el fin de que terminara el periodo presidencial. Pero el viejo

militar dio un giro inesperado e incomprensible con algunos decretos que molestaron al señor Caro, motivo por el cual, el señor filólogo tuvo que retornar a la silla presidencial, perdiéndose así la oportunidad de poderse presentar como candidato. Por eso para las elecciones de 1898 se presentaron tres duplas con el fin de escoger presidente y vicepresidente, en medio de un embrollo indescifrable de la Constitución de 1886. Inicialmente, don Miguel Antonio Caro se jugó la baraja con Antonio Roldán, un eminente conservador nacionalista



Ilustración 3: Miguel Antonio Caro.

y con el general Sergio Camargo, un decidido radical, pero el Directorio Liberal no aceptó la inclusión de su militante en la dupla, perdiéndose así una gran oportunidad para arreglar las cosas y evitar, muy probablemente, la guerra. Don Miguel Antonio Caro ya había percibido que los antiguos liberales del radicalismo, ahora se alineaban del lado de los pacifistas, mientras los jóvenes rojos propugnaban indócilmente por la alternativa guerrerista. Definitivamente, los liberales deseaban el poder completo para ellos sin que siquiera hubiese rastro de los conservadores por ningún lado. Ante la improbación del general Sergio Camargo por parte de los liberales, el señor Caro se la jugó por don Pedro Antonio Molina y por don Olegario Rivera, pero el señor Molina comenzó a coquetear con los conservadores Históricos, asunto que disgustó intensamente al literato del poder. Después de una serie de componendas, y como armando un rompecabezas descabellado e imposible de solo dos piezas, se barajaron los nombres de don Manuel Antonio Sanclemente, nacionalista, y de don

José Manuel Marroquín, histórico, mientras por el otro lado conservador, se presentaron como candidatos los generales Rafael Reyes y Guillermo Quintero Calderón, en representación pura de los Históricos y quienes, al final, torcieron la elección a favor de la dupla que el señor Caro apoyaba. La elección como candidato del señor Marroquín, a pesar de ser histórico, no se vio como peligrosa ya que él no era un excelso político sino un destacado literato, lo que ponía a los históricos dentro de la balanza electoral sin que esto representara riesgo para las toldas nacionalistas del señor Caro; además, la dupla conformada así daba la sensación de unidad conservadora ante los liberales. Por los liberales, y con muy poca opción, pues el partido rojo no gobernaba desde 1878 como artimaña legalista y arbitraria de la Constitución de Caro, se presentaron como candidatos a la presidencia y vicepresidencia, respectivamente, Miguel Samper y el general Foción Soto. El previsible triunfo, aunque pareciera descabellado, del doctor Sanclemente fue como haberle declarado la guerra a los liberales, quienes aguardaron a que el anciano octogenario no pudiera posesionarse o que muriera en el transcurso de su viaje desde la población Buga¹, de donde era oriundo y en donde estaba retirado de la lid política después de haber ocupado importantes puestos en la rama judicial y en el gobierno nacional. Por eso, y con alguna esperanza, don José Manuel Marroquín, un noble criollo dedicado al Moro de la literatura, en su calidad de vicepresidente, se posesionó y, asombrosamente, en contra de los Nacionalistas, aunque era gramático también era histórico, y al contrario de lo que todo

¹ Departamento del Valle de Cauca.

el mundo pensaba, comenzó a gobernar sin atender estrictamente los postulados fundamentales de la Regeneración, granjeándose el malquerer de sus copartidarios; por eso, presa de angustia y presagiando una debacle conservadora, don Miguel Antonio Caro, invadido por el miedo, imploró la presencia inmediata del doctor Sanclemente en Bogotá para que se posesionara como presidente constitucional. En medio de sus consuetudinarios achaques, el doctor Sanclemente llegó a

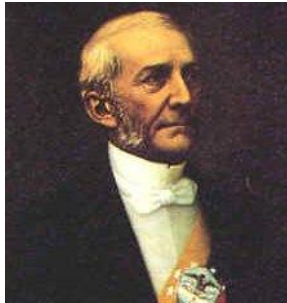


Ilustración 4: José Manuel Sanclemente.

la capital con el firme propósito de tomar posesión del solio de Bolívar, pero las mohatras del poder estaban lanzadas, porque en medio de un sabotaje por parte de los conservadores históricos, mayoría en el congreso, el anciano presidente no pudo posesionarse ante el parlamento; sin embargo, con una argucia de viejo zorro, el doctor Sanclemente tomó posesión de la presidencia ante la Corte Suprema de Justicia, de

donde había sido magistrado y cuyos integrantes fueron hasta la casa en que se hospedaba a tomarle el juramento de rigor. Todo hervía por aquel entonces, pues conatos de revuelta se presentaron en la calles de la ciudad apoyados por los conservadores históricos y por los liberales guerreristas, quienes no perdían oportunidad para atizar la hornilla del conflicto, esperanzados en que todo les fuera propicio para lanzarse a la descabellada y sangrienta aventura de la guerra sin fin. Afortunadamente, el vicepresidente José Manuel Marroquín se había internado voluntariamente en su palacete haciéndose el desentendido de los quehaceres del poder, y

mostrando hasta su desplante a la corona presidencial, lo que influyó definitivamente para que la situación no llegara a impensados extremos, en donde cada uno tratara de pescar en río revuelto.

Pero, para colmo de males, los liberales también estaban divididos en dos facciones que eran irreconciliables entre sí.



Ilustración 5: General y doctor Rafael Uribe (L)

Por un lado estaban los liberales pacifistas, encabezados por el ex presidente Aquileo Parra, el último de los presidentes Radicales, Salvador Camacho y el general Sergio Camargo y, por el otro, estaban los liberales guerreristas, dirigidos por el general Rafael Uribe Uribe, quien poseía el aliento, desde la distancia etérea del Casanare, del general Gabriel Vargas Santos, el anciano liberal que tenía sobre sus decrepitas espaldas la experiencia de la guerra desde hacía ocho lustros atrás. La división

se había hecho realidad en la convención liberal de 1897 en donde los últimos radicales, ahora pacifistas, concordaban en aceptar la Constitución de 1886 a cambio de reformarla, hacer efectivo el descentralismo administrativo, propiciar la reforma electoral y modificar el Concordato con la Santa Sede, mientras los guerreristas solamente aceptaban un cambio total de la Carta Magna, retornando prácticamente a la constitución de Rionegro, que le permitiera a los cachiporros tomarse el poder para ellos solitos, desterrando de todo lado a los godos. Por parte del gobierno conservador de la Regeneración Nacionalista no se veía la más mínima intención de aceptar modificación alguna a la constitución, aunque los

históricos en el congreso realizaban algunas reformas que se fueron abajo con la posesión del señor Sanclemente. El general Uribe era, en compañía de Luis A Robles, uno de los dos únicos representantes del liberalismo en el Congreso, porque la fórmula electoral estaba diseñada maestramente para asegurar, casi de forma exclusiva, la participación de los conservadores en el Parlamento.

Las facciones en el poder sacaban a relucir las más sofisticadas componendas para ganar de forma exclusiva en las



Ilustración 6: Dibujo del cadáver de un revolucionario.

elecciones de la funesta democracia, y quedarse ellos solos cabalgando sobre el potro gubernamental que pisoteaba a diestra y siniestra el honor de la patria. Ceder en algún postulado de la constitución de 1986, era comenzar a menoscabar la integridad de las ideas de Núñez y de Caro; bastante experiencia

habían adquirido cuando se cejaba o se concedían determinadas ventajas al contrincante, pues la práctica demostraba que esto se convertía en la soga para el propio cuello. Por esa serie de argumentos, el general Rafael Uribe se apartaba decididamente del directorio y promulgaba su tesis de hacer la revolución en contra de los conservadores sin tener que pasar por la vergüenza de negociar algo, y con la esperanza de conquistar el poder de forma total, retornando inequívocamente al absolutismo de los liberales radicales. Uribe ya era reconocido por los liberales pacifistas y por los conservadores como una persona engreída, dominante y poco reconci-

liable acerca de sus posturas ideológicas, y quien había optado por la obduración de la guerra sin tener mayor experiencia como militar, aunque ya hubiera participado en las contiendas anteriores; tanto es así, que el propio don Aquileo Parra lo señaló de ambicioso y de oportunista.

Ciertamente, los liberales guerreristas pensaban en un triunfo contundente y rápido a consecuencia de la división de los godos, y más cuando habían encontrado ideas afines con los conservadores históricos, hasta el punto de llegar a



Ilustración 7: Don José Manuel Marroquín

pensar que éstos no iban a participar a favor del gobierno debido a su oposición en contra del señor Sanclemente; también se alentaron en la espantosa desorganización, improvisación y dispersión del gobierno que estaba prácticamente en el auto exilio y que no parecía tener el control real del poder. Pero olvidaron que, al fin y al cabo, todos eran conservadores, y que en el momento definitivo se iban a coligar o, al menos, a permanecer neutrales, lo que significaba, en últimas, estar a favor del Ejecutivo. Su presagio

de victoria ante los conservadores se veía acrecentado y respaldado porque en Venezuela el liberal Cipriano Castro había triunfado, y se veía allí, si no un apoyo directo, un soporte de la causa revolucionaria. Los conservadores, por su parte, estaban esperanzados en obtener una nueva victoria en contra de los liberales guerreristas, aprovechando la división entre ellos, la improvisación y falta de recursos para la guerra y las medidas de fuerza económicas a que habían sido sometidos con la intención de desmedrarlos ante la inminen-

cia de la guerra que todos negaban, pero que se acercaba a pasos agigantados. Así que mientras los unos se procuraban armas a hurtadillas, los otros, preparaban la economía para la adquisición del armamento, invocando la seguridad de la nación y la modernización de los arsenales. ¡Las cartas estaban echadas mordazmente!

El presidente Sanclemente echó rápidamente atrás las reformas hechas por José Manuel Marroquín, y de esta forma el coqueteo entre los liberales y el gobierno conservador sucumbió como avasallado por un cataclismo. El gobierno, decidido a parar la guerra por cualquier método sin ceder en los postulados de la legalidad, nombró como ministro de guerra a don Jorge Holguín, quien muy habilidosamente sometió a una estricta vigilancia al general Rafael Uribe y al general José Manuel Ruiz, de quienes se presumía que serían los jefes del anunciado pronunciamiento. El general Rafael Uribe, sin recato alguno, dirigía sus proclamas bélicas desde las páginas endrinas de su periódico *El Autonomista*, y sacaba pecho ante las acusaciones que le hacían de querer realizar un pronunciamiento, que no se justificaba plenamente porque en lo fundamental, exceptuando la ley electoral por el cierre de las sesiones dilatorias, el Congreso había derogado la ley de la represión en contra de los vencidos, y había levantado la censura de prensa. ¡La tinta corría de un lado y del otro como el preludio del derramamiento de sangre! Ante las inobjetables pruebas, el general Uribe Uribe fue detenido en una medida precautelada en el Panóptico², no sin antes cum-

² Hoy día, Museo Nacional de Colombia, situado en Bogotá en la carrera 7 con calle 28, en el llamado Centro Internacional.

plirse los procedimientos de rigor y de ley, mientras que los generales liberales Ruiz, Soler, Figueredo y Suárez apenas quedaron en las estaciones de policía y se les liberó raudamente. Cuando se supo que el general Rafael Uribe estaba preso, inmediatamente una turba enardecida de guerreristas salió a la calle a protestar y a tirar piedra, ensañándose en contra del periódico *La Crónica* de corte liberal pacifista, acto que produjo la liberación inmediata del conspirador, quien argumentó que jamás estaba pensando en hacer una guerra, logrando de este modo salir a continuar fraguando la desastrosa aventura bélica. Debido a la experiencia de 1895, los oídos secretos y los ojos avizores de los soplones mantenían a raya a quien quisiera parapetarse en alguna casa de la ciudad con el propósito de introducirse zainamente en los aposentos presidenciales, entonces vacíos porque el anciano presidente gobernaba fuera de Bogotá, mientras jugaba a las cartas y confundía a los generales vivos con los muertos. De forma inexplicable, el general Jorge Holguín fue removido de su cargo, pasando al ministerio del tesoro y siendo reemplazado por el general don José Santos, quien, bajo su propio arbitrio en esta historia de locura, fue el principal impulsador primigenio de los rumores de una gran revolución liberal se hicieron más contundentes, aunque todo el mundo, liberales y conservadores, lo negaban oficialmente, hasta el punto que el mismo general Rafael Uribe anunció que, en aras de la paz, se iba a reunir personalmente con el presidente Sanclemente en una cena de reconciliación de año nuevo para desmentir los insidiosos rumores que hablaban de la inminencia de la guerra. La reunión se había planeado en la vecina población de Anapoima, un pueblecito de tierra templada y mi-

lagrosa en la provincia del Tequendama que los médicos recomendaban a los ancianos para paliar sus achaques, y a donde el presidente había ido a gobernar debido a su estado de salud, dejando un juego de sellos de caucho con su firma en Bogotá para signar toda suerte de decretos, que el Pájaro Carpintero [así lo apodaban], ministro de gobierno, utilizaba para hacerse realmente con el poder. Aquel esperpento de la senectud, fue un espectáculo grotesco en donde la mitad del gabinete gobernaba a sus anchas en la capital tomando ínfulas de pequeños emperadores, mientras la otra mitad acompañaba al vetusto presidente en el padecimiento de una demencia senil irreversible, pero que le daba al poder lejano los visos de una legalidad bien fingida.



Ilustración 8: General Jorge Holguín (C)

El general Rafael Uribe y el presidente Sanclemente cenaron aquel año nuevo, pero nada importante se produjo para alejar el fantasma de la guerra, apenas unos comunicados dilatorios de una conversación cordial entre personas que, *por ningún motivo, iban a permitir que la guerra fuera a corroer nuevamente a la nación.* Los intentos de reconciliación fueron minados sagazmente por las esferas de los conservadores nacionalistas en la capital, quienes a ultranza reclamaron del gobierno que prescindiera de cualquier colaboración liberal, por minúscula que fuera ésta, y que se consolidara la tan amada hegemonía conservadora, pues cualquier paso atrás era traicionar la Regeneración de Núñez y de Caro e ir en contra de los postulados de la *Nación Colombiana*. El anciano presidente aceptó, sin entender ple-

namente lo funesto de la acción, la consolidación de la hegemonía conservadora, hasta el punto que el general Rafael Reyes y don José Manuel Marroquín, históricos ellos, acordaron la unión y el apoyo al gobierno legítimo presidido por José Manuel Sanclemente. ¡La suerte estaba echada!

El 19 de febrero de 1889, realmente, los liberales guerreristas habían oficializado el compromiso de levantarse en armas en contra del gobierno conservador, reconociendo que el restablecimiento de la República Liberal no se obtendría



Ilustración 9: Escudo de la República Liberal.

sino por medio de las armas, y prometieron solemnemente hacer el levantamiento armado en contra del Ejecutivo, reafirmando que la revolución comenzaría en la fecha exacta en que el director del partido Liberal en el departamento de Santander, el médico Pablo E. Villar, lo determinara. Además, juraron cumplir estrictamente todas las órdenes emanadas de la Dirección Liberal del Departamento. A contra faz, el director del partido se comprometió a no dar la orden del levantamiento hasta no estar convencido de tenerse asegurado todos los recursos militares y económicos por parte de los directores regionales. «En este compromiso empeñamos el honor militar y personal cada uno de los firmantes». La decisión estaba tomada, era irreversible y solamente había que mantenerla soterrada en el espíritu de la distracción, el manoseo, la burla y el juego psicológico de que a que te cojo, ratón, a que no, gato ladrón. Los honorables guerreros firmaron, sin que les temblara el pulso, el documento que los com-

prometía con la revolución liberal. Además, los liberales en el departamento de Santander ya habían signado un compromiso de neutralidad con los conservadores históricos para que, de ninguna manera, fueran a apoyar a los conservadores nacionalistas, ni, mucho menos, fueran a participar directamente en la guerra, en caso de que ésta se diera. Era la escritura pública con que un puñado de crápulas iban a enfrentar a otro puñado de crápulas, para sumir a la nación en el consuetudinario baño de sangre a que siempre ha vivido sometida.

Don Aquileo Parra sufrió toda suerte de impropiedades por parte de sus copartidarios por el solo hecho de no desear la guerra, y ante el documento de Bucaramanga entre los generales liberales, no tuvo más remedio que renunciar al Directorio Liberal Nacional, obligado por las atrabiliarias circunstancias, no sin antes indicar que los revolucionarios estaban a punto de cometer una «calaverada». Y así fue, pues para completar el desastre patrio, el general Gabriel Vargas Santos, un anciano legendario con el estigma de la inmortalidad, que había participado en las guerras desde 1860 hasta 1885, fue nombrado director del partido en reemplazo de don Aquileo Parra, quien decidió exilarse en una población cercana con el ánimo de no ver la calaverada que había predicho. El *golpe de estado* por parte de los guerreristas capitaneados por el general Uribe, estaba dado al nombrarse al distante y anciano general que cuidaba de sus caballos en los Llanos Orientales. Aquello era el colmo, pues al nombrarse al canijo general como director del partido, y no a un ideólogo civil, tácitamente se le estaba nombrando jefe militar del levantamiento armado. El general Vargas Santos nunca salió

de sus feudos en las Salinas de Chita³, sino hasta que la guerra estalló. La reforma electoral, que permitiera la participación de los liberales en mayor número, era uno de los subterfugios que los liberales guerreristas esgrimían para realizar el levantamiento revolucionario. Ciertamente que la caldera de la guerra comenzaba a hervir propiciamente entre los dos partidos, liberal y conservador, y los vientos de la guerra sacudían de manera inclemente el trapo rojo y el trapo azul salpicando sangre por toda la extensión inerme de la patria.

Al día siguiente, los corrillos de gente enfrente de los pasquines con los cuales habían empapelado la ciudad la noche anterior, fueron el preludeo asombroso de la guerra anunciada, de la que todo el mundo sabía de su inminencia pero la que todo el mundo negaba, como si hacerlo los apartara de la realidad inevitablemente. La verborrea barruntadora de la guerra se extendió por toda la capital como una terrible mancha negra, mientras ni los conservadores ni los liberales de la ciudad se atrevían siquiera a discutir, pues parecía mentira el anuncio, aunque todos sabían en lo más recóndito de su ser que era un premonición certera. El colmo de la indignación se manifestó cuando un grupo de fieles descubrió que se habían robado las esmeraldas de la custodia de la parroquia de Nuestra Señora de las Nieves⁴, al norte de la ciudad, y que para hacer más impío el sacrilegio, había aparecido adherido un gran cartelón en las paredes exteriores del templo anunciando la guerra. Y durante los días siguientes, la ciudad amanecía empapelada con los cartelones que

³ Pequeña población de los Llanos Orientales del Casanare.

⁴ Carrera 7 con calle 20.

predecían la guerra, mientras los obreros de la municipalidad se dedicaban con resignación a limpiar las paredes de los pasquines. Fue un juego extraño y duro, de tozudez por parte de los bandos, fue la guerra pionera de los pasquines, que en cambio de crear un trauma psicológico, parecía un juego de niños al sí y al no, en donde ninguno ganaba sino una batalla fugaz y momentánea.

Pero el asombro no terminó ahí, con la guerra de los carteles, sino cuando, días después, una marcha de alegres jovencitos liberales, con pañoleta roja al cuello y cargando,

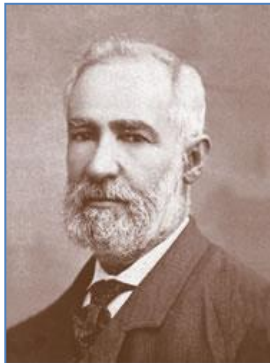


Ilustración 10: General Gabriel Vargas Santos (L).

cada uno, una enorme barjuleta de campaña, descendió por la Avenida Colón, bajo el repique de una marcha interpretada por una banda de guerra que los despedía como héroes de antelación, y penetró estruendosamente a la Estación del Ferrocarril en Sans Façon. Aquella vez, una verdadera multitud de jóvenes liberales se embarcó con jolgorio en los vagones de los trenes que iban al departamento de Santander, donde se anunciaba, con toda seguridad, que la guerra iba a estallar. Y fue ridículo e inverosímil ver a los trenes del gobierno adornados pintorescamente con las banderas de la oposición liberal, repletos de adolescentes convencidos de las falsas bondades de la guerra, y que entonaban himnos al liberalismo y arengas despiadadas en contra del gobierno que los estaba trasladando con alegría al infierno. Nadie salía del asombro cuando supieron a través de las lenguas, más verdaderas que falsas, que era el mismo

gobierno nacional con el patrocinio descarado del Ministro de Guerra, José Santos, apodado don Pepe, quien había costado con el erario el traslado de los cachifos liberales al sitio en donde iba a explotar el conflicto revolucionario. Nadie podía entender cómo un grupo grande de jóvenes, niños aún, por decirlo estrictamente, que todavía no podían entender claramente el asunto ese de los partidos, viajaban a las lejanas tierras del departamento de Santander sin un céntimo en el bolsillo, y que ni siquiera hubo el más mínimo intento por parte del gobierno para impedir la salida de los donceles combatientes, lo que demostraba que era cierto que se había costado el viaje con los fondos gubernamentales, y que existía una oscura complicidad y aquiescencia por parte del ejecutivo en desorganización y medio acéfalo.

Estalla la guerra

En efecto, la revolución liberal estalló con tres días de anticipación, el 17 de octubre de 1899 en la finca La Peña de la población del Socorro en el departamento de Santander, que otra vez entraba como pionero de las guerras interminables. Era la media noche cuando el general Juan Francisco Gómez realizó el alzamiento por orden del doctor Pablo Emilio Villar. El general Gómez avanzó con sus hombres, totalmente inexpertos en la desgracia de la guerra, hasta la población de San Gil, pero las tropas gobiernistas ya habían sido advertidas y avanzaban al encuentro temprano de los rebeldes. Al amanecer, los dos ejércitos se enfrentaron y el general Gómez venció al capitán Sanmiguel, quien comanda-

ba a los oficialistas. ¡La revolución había empezado con el pie derecho! Y el polvorín se fue acrecentando en medio de la ignominia aceptada furtivamente por el gobierno senil y por



Ilustración 11: General Zenón Figueredo (L).

los ímpetus de los revolucionarios liberales. En Ráquira se levantó el general Ramón Neira y avanzó inmediatamente hacia Chiquinquirá. En Nocaima, cerca de Bogotá, la insurrección la propició el general Zenón Figueredo, quien intentó llegar hasta Anapoima con el propósito de apresar al presidente Sanclemente, mientras en Cáchira, el pueblo más conservador de Santander, el general Justo L. Durán armó a sus hombres con veinticinco fusiles y quinientos tiros.

Increíblemente, el general Durán acrecentaba su ejército con una serie de victorias rápidas en contra de los conservadores gobiernistas, hasta el punto de que en Ocaña les impuso un tratado de rendición, y velozmente dominaba desde Matanza, a siete leguas de Bucaramanga, hasta el océano Atlántico. En Pinchote, el alzamiento lo propició el general Benjamín Herrera, quien por medio de martingalas había logrado comprar pertrechos de guerra a los gobiernistas y esconderlos debajo de tierra, mientras comerciaba con ganado y caballos con gente de Venezuela. En Guateque, en el hermoso Valle de Tenza, allá en el oriente de Boyacá, los primeros disparos revolucionarios se efectuaron entre los mismos liberales, sin ninguna baja, por supuesto, pero con un inmenso jolgorio por el estallido de la revolución. Se demostraba plenamente que todos se habían preparado soteradamente para la guerra, porque la deseaban, y el gobierno

del doctor Sanclemente pensaba en la cabeza de don Pepe que el haber facilitado las cosas para que el conflicto estallara daba sus frutos, pues le informaban que las primeras batallas eran favor de los gobiernistas, que al igual que los liberales, tenían los generales de a caballo, mientras la soldadesca iba a pie, amarrados entre sí para



Ilustración 12: General Benjamín Herrera (L).

que no huyeran, armados de machetes, estacas y macanas. A su vez, los generales de la guerra se alimentaban excelentemente y se propiciaban los placeres más extravagantes, mientras la peonada, que exponía el cuero en la vanguardia y en la retaguardia, era emborrachada con aguardiente mezclado con pólvora para, dizque, acrecentar su bravura y desterrar el miedo. Don Pepe facilitó de tal forma las cosas, hasta el punto de que dio la orden de despejar los caminos de Santander con el fin de permitir el paso de la revolución. Realmente aquella actitud del ministro fue más que sospechosa, pues por algo se complacía con el comienzo de la guerra.

Cuando el presidente Sanclemente y su ministro de gobierno, don José María Palacio, *El Pájaro Carpintero*, supieron del levantamiento de los liberales, inmediatamente procedieron a emitir una serie de decretos para proteger la seguridad del Estado, entre los que se destacaba el de la emisión forzada de cualquier cantidad de dinero que el gobierno solicitara para atender los menesteres de la guerra. Además, se dispuso de un comunicado telegráfico enviado a los ministros y gobernadores en donde se señalaba que los liberales

eran simplemente una pandilla de malandrines que se habían aliado con tropas extranjeras para mancillar el ya pateado honor de la patria. «Por informes fidedignos sábese que revolución en Santander tendrá su fuerte en invasión de extranjeros que vendrán a humillar la bandera nacional», se escribía en el telegrama. Aparte de lo anterior, se procedió a subir los precios de los principales artículos como la harina y la sal, con el fin de obtener más dinero para atender al macabro propósito bélico.

La primera gran victoria del gobierno se dio por aquella casualidad de la fortuna, pues el 19 de octubre, los liberales atacaron a Barranquilla y se robaron los barcos Hércules y Colombia, huyendo hasta que en Obispos, a orillas del Río Grande de la Magdalena, fueron alcanzados y destrozados sin conmiseración alguna por los conservadores. Enardecidos por el hurto victorioso de los dos barcos, los liberales habían celebrado con un festín de borrachera hasta el punto de confundir el barco amigo Cristóbal Colón con el barco enemigo Hércules. El fuego de los liberales borrachos fue en contra de sus conmlitones y la debacle se hizo total, muriendo en el acto varios comandantes de la revolución víctimas del fuego amigo y rematados por el fuego enemigo. El 28 de octubre se presentó una nueva batalla, la de Piedecuesta, en donde el gobierno salió victorioso con ochocientos hombres al mando del general Hernández, a pesar de la superioridad numérica de los revolucionarios liberales que tenían mil quinientos combatientes capitaneados por los generales Gómez Pinzón y por el general Albornoz. Posteriormente, el 5 de diciembre, el general Zenón Figueredo cayó en combate en la población de Nocaima de donde era el jefe de la revolución liberal.

La debacle liberal se acrecentó cuando en un acto irresponsable, el general Rafael Uribe Uribe fue nombrado comandante general de todas las tropas liberales de la revolución. El general Uribe era, antes que todo, un político, como todos con el título de *doctor*, y no un militar o, mejor, era un militar improvisado y aburguesado que no entendía de las estrategias verdaderas de la guerra, sino de la confabulación política, granjeándose hasta la desconfianza y el malquerer de sus propios copartidarios por su personalidad engréida y altanera, de corte dictatorial.

Sin embargo, los liberales hicieron gala de una extraña actitud de recuperación, y en la misma población de Piedecuesta, en donde habían sufrido una derrota prístina, en una segunda batalla vencieron al ejército gobiernista, lo que inyectó nuevos bríos a todas las tropas rojas, pero también sembró de borrascas el futuro de la revolución a raíz del triunfo, pues la celebración de un triunfo en la guerra se convertía en el presagio de una derrota subsiguiente con la estela funesta que eso significaba.

En un acto inexplicable, el general Uribe prefirió dirigirse hacia Bucaramanga con el ánimo de sitiarla, sin contar con que la ciudad estaba debidamente asegurada por las tropas gobiernistas que tenían pertrechos superiores, estaban bien armadas y hacían gala de un ánimo fresco y decidido. Los conservadores tendieron un cebo a las tropas liberales, porque simulaban un ejército diezmado y desprevenido, mientras desde los tejados, desde las torres del templo, desde los balcones y detrás de las aspilleras, los francotiradores recibieron a punta de plomo a las tropas cachiporras que no

esperaban semejante sorpresa. En Bucaramanga, las cuadrillas de la revolución atacaron con toda fiereza y decisión, y aunque hubo derroche de valor por parte de los dos bandos, la derrota fue inminente para los rojos, y en un combate que duró tres días, quedaron en el campo más de un millar de revolucionarios muertos y cerca de cien conservadores, saliendo herido el propio general Uribe y varios otros jefes liberales. Allí cayeron, destrozados por las balas conservadoras, los alegres jóvenes liberales que habían salido en tren pagado por el erario desde Bogotá, muertos como



Ilustración 13: Ejército liberal.

animalillos llevados inocentemente al holocausto. El general Uribe, insólitamente, abandonó a su propia suerte a la tropa en medio del fragor del combate, mientras se dedicaba a tertuliar y almorzar plácidamente con el señor Ruperto Serrano, en el momento en que sus hombres peleaban a la topa tolondra sin orientación alguna para proseguir o para retirarse, y recibían en sus cuerpos las balas disparadas, desde lo alto, por los francotiradores que parecían cientos de fantasmas salidos de la nada. En el momento definitivo, un capitán liberal fue enviado al centro de la ciudad, en donde se realizaban los más enconados combates, a anunciar la retirada de los rojos que caían por el piso como muñecos de trapo, cometiendo el grave error de emborracharse para llenarse de valor y así cumplir cabalmente con la misión encomendada, hasta el punto de que en el momento preciso en que se hallaba en medio de la gazapina, en cambio de ordenar la retirada, tal como se le había encomendado que hiciera, el

valor se le desbordó tanto que, mientras rastrillaba el machete contra el suelo, entró a la batalla, profiriendo arengas en contra de los conservadores y alentando a sus copartidarios a continuar con la lucha que los estaba exterminando. A raíz de la derrota liberal en Bucaramanga, los primeros agrietamientos en las relaciones entre el general Benjamín Herrera, que sí era un buen militar, hombre práctico, sencillo y de estrategia, y el general Rafael Uribe, se dieron, pues ante tanta irresponsabilidad, se acusó a Uribe de la estruendosa derrota, debido a su actitud pusilánime e irresponsable, sin que nadie pudiera explicar qué habían ido a hacer allí los liberales, en cambio de haber avanzado hacia Bogotá, que era a donde verdaderamente debían llegar si querían ganar la guerra o, al menos, poner en calzas prietas al gobierno conservador.

En un éxodo interminable, invadido por la tristeza de la derrota, los liberales se replegaron hacia Cúcuta con el fin de refugiarse cerca de la frontera y, a su vez, estar más cerca de la protección del dictador venezolano, también liberal, Cipriano Castro. Durante la travesía de los ejércitos liberales derrotados se planteó la pregunta intrínseca sobre si el general Uribe debía seguir siendo el comandante general, a pesar de la derrota de Bucaramanga, que le achacaban directamente, o si debía relevarse y nombrar al general Benjamín Herrera. El general Uribe, más astuto y político, con el veneno de la serpiente, logró quedarse con el cargo que no merecía, y los enfrentamientos verbales, y hasta las escaramuzas entre los hombres de Uribe y de Herrera no dieron al traste con las pretensiones de *El Autonomista*, porque el general Herrera antepuso el interés general de la revolución a

su interés personal. Mil quinientos hombres del general Benjamín Herrera, setecientos del general Justo L. Durán y mil cuatrocientos del general Rafael Uribe, emprendieron la procesión de la derrota, llenos de tristeza y sufriendo atroces penurias, hacia la fronteriza ciudad de San José de Cúcuta, esperanzados en rearmarse, reacondicionarse y recibir el apoyo del gobierno venezolano, y, por si acaso, estar listos para huir al país vecino en caso de que los conservadores se decidieran a perseguirlos, asunto que, extrañamente, no sucedió, perdiéndose así la oportunidad los azules de liquidar la guerra a su favor. Los dos bandos parecían estar empeñados en no ganar la guerra de forma inmediata, dilatando las escaramuzas de forma inexplicable y sospechosa.

En Bogotá, las noticias oficiales de la guerra eran fragmentarias, mientras los rumores corrían como ríos de lava en todos los mentideros. El gobierno había hecho cortar los cables del telégrafo para mantener incomunicados a los revolucionarios, y de manera forzada realizaba el reclutamiento de los desarrapados que en una ceremonia de emergencia fueron graduados, sin siquiera conocer un arma, como infantes de guerra en la Plaza de Bolívar. Los revolucionarios también cercenaban las líneas cablegráficas para interrumpir la comunicación y no ser descubiertos ni develados sus planes. Sin el festín de la despedida de los jóvenes liberales, los reclutas, cazados oficialmente, marcharon tristemente al infierno de la guerra sin siquiera enorgullecerse de ser héroes anodinos. En los campos y poblaciones, los muchachitos que todavía se orinaban en la cama, se escondían como animales asustados porque si no eran los gobiernistas quienes los cazaban, eran los revolucionarios quienes los secuestraban pa-

ra involucrarlos irremediabilmente en la guerra que no era suya, sino de los poderosos.

Aquella danza de generales era interminable e ignominiosa, pues por parte de los liberales participaban, nada más y menos, que los generales, Vargas Santos, Benjamín Herrera, Uribe Uribe, Zenón Figueredo, Justo L. Durán, José María Ruiz, Ramón Neira, Marco A. Wilches, Ignacio Espinoza, Adán Franco, entre prácticamente una cincuentena más. Por el lado de los conservadores, descollaban los generales Próspero Pinzón, el héroe de la guerra de 1895, Villamizar, jefe del mando general; Casabianca, Luján, Holguín, Cuervo Márquez, Juan B. Tovar y Manjarrés, entre otros cerca de cuarenta generales de toda pelambre. El general Rafael Reyes estaba fuera del país como ministro plenipotenciario y, por tanto, no participaba de la guerra, aunque hacía esfuerzos internacionales para concertar la paz, sin que obtuviera algún resultado positivo.

La batalla de Peralonso

Nadie entendió cómo los gobiernistas perdieron en el último momento una batalla que tenían ganada, pero nadie dudó, tampoco, que allí se había fraguado una dantesca traición, ya que los cuerpos de fusileros que triunfaban incuestionablemente sobre los descamisados liberales, fueron retirados abruptamente, so pretexto de abastecerse de munición, asunto descabellado, porque generalmente estos cuerpos eran abastecidos por infantes dedicados a este menester expresamente en el mismo campo de batalla. Posteriormente,

el general conservador Ramón González Valencia atestiguó que fue hasta donde el general Villamizar, pero que éste descansaba plácidamente y no daba ninguna orden, como si estuviera pensando en los huevos del gallo. El general Herrera, en medio del combate, salió herido de alguna consideración en una pierna, motivo por el cual le entregó su ejército al general Justo L. Durán. Ciertamente que de aquella situación sacó buena partida, restableciendo algo del prestigio militar que nunca tuvo, el general Rafael Uribe, quien en un alarde de heroísmo fingido atravesó el puente del río Peralonso, recibiendo una herida leve, acompañado solamente por diez voluntarios, y proclamó la victoria, mientras



Ilustración 14: Dibujo del puente sobre el río Peralonso.

los conservadores que aún resistían, fueron atacados desde el frente por los hombres del general Durán y huían despavoridos, mientras gritaban: «¡Traición, traición!»

Los conservadores, en medio de su retirada, dejaron los fusiles con los que se defendían y hasta cantidades apreciables de dinero y pertrechos que los revolucionarios victoriosos, por aquella extraña tramoya, disfrutaron plenamente.

El general conservador Laureano García, quien defendía el puente de la embate liberal, aseguró que con doscientos cincuenta hombres defendía las posiciones en Peralonso, y aunque los estafetas fueron enviados de urgencia a solicitar refuerzos y pertrechos, éstos jamás fueron recibidos. El general Laureano García fue hecho prisionero por el general

Rafael Uribe, quien infamemente se apersonó de la victoria de los tres ejércitos liberales que habían combatido unidos, el del general Herrera, el del general Durán y el de él mismo. El gobierno entró en desmedro, especialmente el ejército, y toda suerte de penas se apoderó de la gloria del poder, mientras los liberales intentaban abruptamente reacomodarse para asegurar, según ellos, el triunfo de la revolución.

En un acto impredecible, el general Rafael Uribe se sumió en profunda meditación y decidió ofrecer al senil presidente de Anapoima una propuesta de paz. Muchos aseguraron que lo hacía porque el triunfo de Peralonso no lo había convencido, y era una victoria pírrica que podía desencadenar en el triunfo definitivo y, por tanto humillante, del gobierno. Los más pesimistas señalaron que el general se había acobardado ante la mortandad y ante la herida que sufrió, y que se retiraba asustado, no sin antes disimular su cobardía a través de un tratado de paz en donde poco exigía. Los más audaces se atrevieron a aseverar que la derrota de Peralonso se había fraguado con antelación entre los militares conservadores y los liberales con la recóndita esperanza de que el presidente Sanclemente, quien supuestamente no entendía nada de la realidad, aceptara la derrota y corriera presto a firmar la paz para no sufrir la vergüenza del rendimiento incondicional, pero el tiro les salió por la culata. El 22 de diciembre, el general Uribe solicitó una tregua para hablar de paz con el gobierno, pero el presidente Sanclemente, en un destello de lucidez que deslumbró a todo el mundo y que hizo que la contienda persistiera, replicó que solamente aceptaba el rendimiento incondicional de los liberales y la deposición de las armas de forma total, pues ellos habían hecho la gue-

rra de manera ilegal en contra del gobierno y no se podía reconocer un tratado así porque así, ya que eso era admitir el Estado de la imposición por la fuerza a cambio de la legitimidad, que él representaba desde Anapoima. Otra vez las alicantinas de la dilación hacían que la guerra fuera interminable.

Tiempos después se descubrió un telegrama que don Pepe le envió a general Villamizar y que rezaba: «Permanezca defensiva. Retírese hasta Pamplona. Deje pasar revolución. Gobierno necesita prolongar estado de cosas, fin circular comisiones, salvar causa. Destruya. Firmado José Santos (M. de Guerra)».

A raíz de la batalla de Peralonso, en los dos bandos se presentaron sendos remezones. Como era obvio, el ministro José Santos, don Pepe, fue removido del cargo y el general Villamizar fue retirado del mando del ejército del gobierno. El general Manuel Casabianca ocupó, entonces, el cargo de ministro de guerra, prometiendo acabar la contienda con rapidez y a favor del gobierno, mientras el mítico general Próspero Pinzón fue nombrado director de la guerra en el departamento de Santander. Los conservadores enviaban a su más reconocido héroe al mando del ejército en el departamento en donde la guerra bullía con tenaz fiereza, dejando traslucir la miseria y la apatía que la violencia produce.

Por el lado de los liberales, los cambios y la recomposición no se hizo esperar imbuidos por aquella victoria en Peralonso. En Cúcuta el general Rafael Uribe se colocó un uniforme de gala de la revolución francesa y ante el asombro de todos, se autoproclamó, en un ataque de postín vesánico, dic-

tador de Colombia y jefe supremo de todos los ejércitos de la República; esta insólita proclamación la realizó, henchido de satisfacción y como realizando el juego de un niño travieso, ante el coronel De la Roche, asunto que terminó en el mismo instante en que el anciano general Gabriel Santos Vargas arribó a Pamplona, en medio del jolgorio general, con un ejército de mil doscientos hombres, e inmediatamente fue nombrado por el propio general Uribe como comandante supremo de la guerra, generalísimo y Presidente Provisional de los Estados Unidos de Colombia, conformándose de esta



Ilustración 15: Niños soldados oficialistas.

manera la República Liberal, que era inaugurada con vítores y recibimientos apoteósicos en las poblaciones por donde los generales victoriosos transitaban con ese viso de héroes de la desgracia. Como siempre, era común que el populacho y hasta los conservadores de las poblaciones se montaran felizmente en el carro de la victoria con el fin de obtener algunos dividendos. Estas mismas multitudes celebraron con el mismo ardor y entusiasmo los triunfos, posteriormente, de los gobiernistas. Los liberales prácticamente redactaron una constitución de inverosímiles proclamas de acento patriótico, abriendo sus fraternos brazos a todos los credos y a todos los ciudadanos. Definitivamente, la locura de ostentar el poder desquicia hasta el más cuerdo. El general Vargas Santos era un venerable anciano que había participado en las guerras anteriores desde la de 1860 hasta la de 1895, y se le estaba reconociendo, de hecho, el título obtenido como director del supremo del partido Libe-

ral, en septiembre de 1889, cuando don Aquileo Parra, presa del desencanto de la guerra, dimitió de tan incomprensible responsabilidad, presionado por la desilusión y la deslealtad de los liberales guerreristas, y fue a refugiarse de sus propios copartidarios a la Ferrería de Pacho, en el departamento de Cundinamarca. Paradójicamente, cuando murió don Aquileo Parra el 14 de diciembre de 1900, en el último año del fatídico siglo decimonónico, fueron los guerrilleros liberales de Pacho quienes le rindieron los honores de héroe y figura prominente del liberalismo, y un reconocimiento al último presidente de los Radicales. Pero en el conflicto, ninguno parecía estar contento con la sucesión de nombramientos, y el general Vargas Santos se ganó los primeros signos de inconformidad porque no autorizaba la persecución de los conservadores, que iban en desbandada tras el aturdimiento inmortal de la derrota del Amarillo⁵, lo que a juicio de Uribe y de Herrera, hubiera significado el triunfo definitivo de la revolución. El general Vargas Santos no quería experimentar sino asegurar el triunfo, y por eso se refugiaba en contra del gobierno. «No soy un guerrillero y no he venido a presentar certamen de valor», fue la respuesta del canijo militar ante el requerimiento de la persecución a los conservadores.

La guerra parecía condenada al fuego inclemente de la eternidad. Y el general Uribe, engréido como siempre, se arrepentía del nombramiento del general Vargas Santos, y hasta aseguró que el anciano padecía, al igual que el presidente Sanclemente, de demencia senil. Pero no le convenía

⁵ El mismo río Peralonso.

cejar en sus convicciones aunque la consciencia retorcida le dictara otras.

Las tropas revolucionarias se establecieron durante cuatro meses en Cúcuta, esperanzados en las armas de los buenos vecinos, soportando el tedio de la espera, aguantando el terrible calor y soportando la veda de las vituallas. La República Liberal, con moneda representada en burdos papeles escritos a mano, escudo y todo lo demás, era un remedo de la miseria, sin provisiones suficientes, con el ánimo agonizante a medida que transcurrían los días, mientras en los departamentos de Cundinamarca y de Tolima, las guerrillas liberales hacían de las suyas de forma inclemente, pero eso no bastaba para derrotar al gobierno. Cúcuta parecía un pueblo fantasma, invadido por espectros disfrazados de militares liberales que mientras se morían de aburrimiento, de calor y de hambre, preferían jugar a las cartas, emborracharse y tratar de animar la situación con juergas espontáneas. La población era un villorrio fantasmagórico, asolado desde el estigio del firmamento por los círculos de gallinazos que encontraban entre la carroña humana su más fantástico banquete. Los liberales operaban en dos frentes: El ejército regular, bajo el mando supremo del general Gabriel Vargas Santos y del general Rafael Uribe, y un Estado Mayor integrado por los generales Benjamín Herrera, Avelino Rosas, Juan Mac Allister y Pablo E. Villar. Debido a su experiencia en Cuba, el general Avelino Rosas propuso al Estado Mayor de la República Liberal que se hiciera una guerra de guerrillas, y aunque la propuesta pareció novedosa, fue desatendida inapelablemente por su inconveniencia, y porque los generales liberales estaban convencidos de que la guerra debía

afrontarse de manera tradicional, ya que, en últimas, las guerrillas eran fundamentalmente unas bandas de burdos malhechores.

Y mientras la inercia de la República Liberal Independiente padecía sus dolores de soledad y abandono, otros generales intentaban librar batallas imposibles en contra de los gobiernistas, perdiendo, por si acaso, la mayoría de estos combates. Las otras fuerzas regulares del liberalismo sufrieron desastres recurrentes en La Salina, en Riosucio, luego de tres fatigosas horas de combate, en Cáqueza, donde fueron hechos prisioneros varios combatientes, en el Alto de la Cruz, en Vélez, en Melgar y en Purificación. Como paliativo a la situación, triunfaron en Arauca al mando del general Avelino Rosas, en Betulia, en Gramalote y en Terán, en donde el general Uribe había logrado confundir a los conservadores haciéndoles creer que llegaban tropas copartidarias. Mientras tanto, las guerrillas, que no obedecían a nadie, y por lo cual fueron llamadas por el general Uribe «atajo de bandidos», lograban poner en jaque al ejército oficialista, y tuvieron la osadía de secuestrar en Honda a don Manuel de Guirior, plenipotenciario de España, y solicitar por su rescate la extraordinaria suma de cien pesos oro. Así andaban las cosas entre los liberales durante el primer trimestre de 1900.

Finalmente, llegaron los refuerzos a Cúcuta y los liberales recibieron mil quinientos fusiles Malincher y apenas una pieza de artillería de mala clase. El general Vargas Santos, aunque no estaba conforme con los pertrechos recibidos por el río Zulia, no tenía ya el pretexto para permanecer en estado de anquilosamiento y, el 25 de abril de 1900, decidió movi-

lizar los ejércitos liberales de Cúcuta, sin tener todavía muy claro cuál iba a ser el siguiente paso que se iba a dar. Aquella parecía la guerra de la gallinita ciega o póngale la cola al burro, sin embargo, cobraba víctimas a montones y verdaderos ríos de sangre derramada por los compatriotas que eran alucinados por la perorata malévola de los poderosos para sembrar de muerte, hambre y desolación las abandonadas tierras de la patria.

Por el norte, en febrero, el general Justo L. Durán se tomó a Riohacha, la capital del desierto peninsular, y esperó pacientemente, en otro periodo de tedio, durante cuatro meses al general Siervo Sarmiento, el mismo que fuera jefe de Uribe en las guerras de 1885 y de 1894. Finalmente, cuando toda esperanza parecía perdida, el general Siervo Sarmiento apareció en Riohacha con apenas mil ochocientos fusiles y doscientos mil tiros, y la historia malhadada del militar empezó cuando los ingleses lo obstruyeron, adquirió la fiebre amarilla y murió a consecuencia del mal, que se había convertido en un pandemia en la tierra caliente del Caribe. Para acabar de completar, el dictador venezolano Cipriano Castro decomisó, en un acto arbitrario e inexplicable, el armamento. El infortunio parecía saciarse atrocemente en el destino incierto de los liberales, quienes parecían más condenados a la diáspora maldita que a otra cosa.

En medio del desconcierto pugnaz, el ejército del Estado Mayor de los liberales avanzaba errabundo por los parajes de Santander sin tener un plan concreto y aún extremadamente distantes de Bogotá. Intentaron llegar a la provincia de García Rovira, pero cerca de Bucaramanga, otra vez la misma

ciudad, se topó irremediablemente con el ejército gobiernista. Entonces, no quedó más remedio que presentar batalla, colocándose en línea en contra de los conservadores.

En Bogotá nadie sabía a ciencia cierta qué era lo que en realidad estaba sucediendo, puesto que el gobierno argumentaba que la guerra iba a terminar prontamente porque los revolucionarios iban a rendirse de forma incondicional y, a



Ilustración 16: El Panóptico.

contrapelo, los radicales señalaban que era el Ejecutivo el que iba a caer sin dilación porque los revolucionarios triunfaban en todos los rincones de la nación, y no había más remedio que entregar el gobierno del decrepito doctor Sanclemente a los vencedores. Pero

cuando se confirmó el triunfo liberal en Peralonso, en donde los conservadores señalaban traición y los liberales, *joh gloria inmarcesible!*, la situación se agitó de tal forma que en ímpetus de animal moribundo, la represión soterrada en contra de los liberales, ora pacifistas, ora guerreristas, explotó despiadadamente en un mar de ignominia. Las casas de los cachiporros fueron sometidas a extrema vigilancia y muchos de ellos fueron conducidos a la horrenda cárcel del Panóptico, al extremo norte de la capital, por el camino a Barro Colorado.

La batalla de Palonegro

«Mi general, el enemigo está enfrente». Fue el grito entre la pesadilla del tedio ocasionado por la marcha fatigosa de un ejército desanimado en donde se miraban entre sí con desprecio, recelo y desamor, pues nadie quería obedecer al patriarca Vargas Santos, y los primogénitos de la guerra se enemistaban por probar quién era más poderoso. La aparición del ejército del general Próspero Pinzón fue como salida de entre la tierra mágicamente, tan sorpresiva que, tanto los unos como los otros, quedaron petrificados de espanto. Enfrente de los liberales, comandados en la vanguardia por el general Rafael Leal, estaba el ejército oficialista también desanimado, pero respaldado por el gobierno con mayor armamento y con un número que triplicaba fácilmente al adversario, bajo el mando del héroe de 1885. La sola idea de volver a enfrentar a quien ya los había derrotado no les parecía nada halagüeña, pues la historia pesa, y el general Próspero Pinzón aparecía como un ser de otro mundo, pleno y poderoso y cuya leyenda apabullaba. Había que enfrentarlo, pues la dignidad liberal no permitía otra alternativa. Era el 11 de mayo de 1900, el último año del siglo decimonónico, cuando comenzó la lucha en Palonegro, muy cerca de Bucaramanga, otra vez Bucaramanga, la ciudad en donde bullía y resurgía la guerra constantemente. Los hombres de la revolución y los del ejército gobiernista se atacaron de frente y a la montonera, sin saber pelear y sin entender de táctica alguna. Eran dos masas gelatinosas, movidas por el instinto

ciego de la supervivencia. Los hombres harapientos y desnutrados por la insolación en Cúcuta, se enfrentaban a otros hombres un poquito mejor vestidos, un poquito menos desnutrados y con algo más de ánimo. Las principales armas eran solamente el valor y el odio, enceguecidos ante la eventualidad y la obligación, la necesidad de morir por las causas desconocidas y el movimiento autómatas del ser humano que obliga a matar a sus semejantes. Los hombres, como una mole sin sentido y de aspecto informe, se trenzan en una batalla imposible en donde hasta el silencio imperaba ahogando los gritos. Los enemigos se abrazan con fuerza no para amar al otro, sino para hundirle su facón en el estómago y subirlo con



Ilustración 17: General Próspero Pinzón (C).

furia hasta alcanzar los pulmones y el corazón, ruedan por el piso juntándose los alientos, revolcándose entre la tierra encharcada de sangre, uniendo sus descarnados cuerpos en la proximidad ineludible de la muerte. Casi siempre, los hombres que combaten en el cuerpo a cuerpo terminan muertos al mismo tiempo, porque la furia de la muerte solamente los alcanza cuando ya la gadaña ha cercenado sus dos cabezas y ha devorado implacablemente sus dos espíritus, y hasta para eso debe haber el tiempo corto y suficiente. La risa descarnada de la parca solamente aparece cuando las cuatro manos consuman feroz y angustiosamente el acto postrero. Los tiros apenas se escu-

chan entre largos intervalos y a la distancia, porque la vanguardia de los ejércitos se enfrenta con armas contundentes y primitivas, como si se estuviera en la época del hombre de las cavernas. Aparece por encanto la cerveza y las bebidas embriagantes entre el ejército liberal, cuyos hombres en una mano tienen el arma y en la otra, la botella para enceguecer el valor y aturdir los músculos, llenándolos de indomable torpeza. Muchos, por no decir que la mayoría, preparan a hurtadillas el guarapo y la chicha que ayudan a enfuertar mortalmente con unas copas de aguardiente y mezcla de pólvora; entonces, se abren los zurroneos para encontrar en su interior el elixir que les quita el miedo, los aparta de las sanguinaria realidad y los manda a morir ciegamente, con esa resignación que parece algo dichosa y dulce. ¿Será que los espías gobiernistas repartieron a raudales el licor? El cielo claro, despejado con su azul resplandeciente, permite que los querubines toquen sus trompetas de odio y muerte, sus arpas de sangre y venganza, y el dios de la oscuridad enceguece los



Ilustración 18: Despedida del ejército gobiernista en la Plaza de Bolívar

ojos y apaga la mente en donde solamente se yergue la idea ineluctable de la muerte. Son hombres humildes convertidos en bestias humildes que se atacan con los zarpazos de los machetes y de los cuchillos de hojas oxidadas o que reciben los golpes secos de los garrotes. Todo se convierte en un monstruo único y gelatinoso que se desparrama por el campo, un monstruo con dos cuerpos lacerados que se atacan sin contemplación. Es el beso de la guerra, el ósculo que envenenado mata. Algunos corren,

no para huir, sino para dar o recibir el abrazo de la muerte de su enemigo. Quien más puede matar, aparta con premeditado afán los cadáveres de sus víctimas para encontrar otro espectro somnoliento que quiera morir, porque matar es también morir. Las sombras caen desgajadas desde los disparos de infantería y se posan en los árboles del miedo para hacerse cruel realidad. La sangre crepita en sus raudales, se mezcla con la tierra de donde vino, y los recuerdos se esfuman como humaradas que nada tienen que ver con los familiares que se comen las uñas de tristeza y temor al saber que sus hijos están muriendo en la guerra que no buscaron y que



Ilustración 19: La pirámide de calaveras.

no les pertenece. Y el horrendo hedor de la muerte nutre el aire, alienta el cielo y se queda perplejo entre las nubes. Todo hiede, hieden los corazones, hieden las almas y, lo peor, hieden las conciencias. Es mejor morir rápidamente, es mejor poner el pecho de frente y en primera fila para que esta angustia de la vida miserable no se extienda hasta más allá del infinito. Algunos, con desmedida prisa, amontonan los cadáveres de tal forma que los convierten en sacos de trinchera para protegerse

de un nuevo ataque. Otros, ponen de pie los cadáveres y les infunden un soplo mentiroso de vida para que parezca que hay menos muertos a los que hay que ir a matar con premura. Por algo la frase más sabia de la muerte es «descanse en paz». Un repliegue, diez metros, veinte metros, y a

la carga, mis valientes, *os amo como nunca os he amado, sois mis valientes hermanos, luchad, luchad para ganar la paz, luchad para ganar la libertad*. Frases huecas que nadie entiende y que solamente despiertan el nervio bélico para correr con mayor afán a buscar la muerte o a matar a aquel hermano al que nunca jamás ha visto en su vida. Los cadáveres, por cientos y amontonados al azar, tienen un mohín de tranquilidad extrema, así tengan los ojos por fuera, el rostro enmascarado con una costra cárdena y el entresijo floreado por entre la panza, han encontrado la muerte entre el odio fraterno, y la tremolina asusta a los gallinazos, amedrenta a los buitres que desde las alturas contemplan cómo los hombres, racionales y civilizados, se destazan a machetazos y se queman el corazón a bala. *Masacrémonos en nombre de la revolución, hermanos. Masacrémonos en nombre de la Regeneración, hermanos. Masacremos en nombre de los dos a esta pobre nación.*

Los batallones del ejército liberal van entrando en el carrusel de la batalla y van saliendo diezmados. Entra la división del general Ardila, entran cuatro batallones del general Rafael Uribe, entran los batallones del general Benjamín Herrera, entran los batallones del general Cortissoz y, por último, los batallones del general Siervo Sarmiento, hasta que las reservas se van agotando. Muchos no pueden retornar porque en su agonía se convierten en banquete para los gallinazos y para las hormigas. La táctica de las batallas era simple, como en toda la guerra decimonónica, pues la mitad del ejército se quedaba fuera de combate, desarmados, esperando la orden para entrar al campo de batalla, remplazar los muertos y tomar los pocos fusiles. Los gobiernistas res-

ponden con batallones mejor armados y frescos. En la última batalla, son mil soldados conservadores en contra de quinientos macheteros, pero los gobiernistas todavía tienen afuera más de la mitad de los guerreros iniciales, mientras los liberales apenas tienen unos cuantos hombres de reserva en un estado lamentable. En un último impulso, el mismo que hace que una peonza tome movimientos más agrestes y deformes en el momento en que va a caer quieta, el general Rafael Uribe se une al general Benjamín Herrera y con fiereza indómita hacen retroceder al enemigo. «¡Victoria, victoria!».

El general Próspero Pinzón se angustia, se arrodilla, implora al cielo de su dios implacable y guerrero. «¡Oh, Dios mío, no me cobres la derrota!».

Por el otro lado, el viejo general Gabriel Santos Vargas descansa de los achaques de la vejez, acomodado plácidamente en una hamaca, recordando los sinsabores de sus guerras pasadas y creando personajes de fábula producto de su demencia senil, mientras a los lejos escucha los disparos de la batalla que habría de contribuir infamemente para que, tiempos después, en una macabra forma de homenaje inexplicable, se levantara una pirámide de calaveras, más calaveras que los que hicieron la guerra, como testigos mudos a través de los dientes descarnados y sonrientes de la parca, y de los orificios negros de los ojos que representaban la oscura consciencia de aquellos héroes gloriosos, orgullo de la patria, forjadores de la nacionalidad, pioneros de las libertades y del imperio de la ley, que nunca tuvieron más que sus intereses mezquinos, y que en aras de los sofismas políticos comenza-

ron con el asesinato, a sangre y fuego, de esta patria malquerida.

El general Próspero Pinzón se incorpora, llama a un grupo de estafetas y, a caballo, los manda para solicitarle los refuerzos salvadores al general Henrique Arboleda, el segundo al mando del ejército conservador del norte, quien ya corre en auxilio de las huestes conservadoras aturcidas por el jaque. El general Henrique Arboleda aparece como una exhalación con su cuerpo de Gramalotes, los soldados más avezados y preparados para los menesteres de la guerra, y de inmediato se lanzan en fila cerrada en contra de los batallones de Uribe y de Herrera, quienes ya comienzan a celebrar el triunfo, bajando la guardia y sin contar con la terrible sorpresa. En el momento en que el general Próspero Pinzón se reincorpora a la batalla, apoyado por el general Arboleda, dijeron que les dijo a sus soldados: «Vengan ustedes y acompañenme a morir». Y en medio del fragor inquebrantable de la guerra, el general Próspero Pinzón alentó a sus hombres: «¡Empujen, muchachos, para que se acabe esto!».

Un ataque sorpresivo, contundente y eficaz, una envoltura de caparazón demoledora encierra y tritura al ejército liberal, devorándolo con enorme saciedad. Rápidamente, los conservadores del ejército gobiernista le infligen la derrota a los revolucionarios liberales, que en medio de la locura colectiva hace huir a los pocos sobrevivientes, para poner fin a la batalla más larga y amarga de la guerra, pues se había combatido durante quince días, desde el 11 de mayo hasta el 26 de mayo de 1900, Año del Señor, Siglo del Demonio.

Para mayor desgracia de los vencidos, la batalla no terminó ahí, sino que fue hasta más allá de la misma muerte y de la derrota. Los liberales sobrevivientes huyeron por entre los montes en la más absoluta desorganización, cada uno tratando de salvar el pellejo a su manera, y de los pocos vivos no se pudo reagrupar siquiera un batallón. La confusión se hizo presa de todos los vencidos que no tuvieron fuerzas ni voluntad para atacar a algún soldado conservador despistado o inerme. Y como la consigna de los combatientes era la de no dejarle los heridos ni los muertos a los vencedores, cargaron con lo que pudieron recoger en medio de la estampida: con cerca de mil setecientos heridos y mil muertos que se convirtieron en un estorbo de donde nadie podía rescatarlos, y los cuales iban ocultando en cualquier lado para fortuna de las fieras, placer de los gallinazos y banquete de los insectos. Y el éxodo de la desgracia continuó implacable e ineludible, porque aquel ejército de fantasmas derrotados avanzó por entre la selva del Carare, para acabar de completar, y traspasaron la jungla del Opón hasta llegar a Ocaña. Por el camino, la mayoría de sobrevivientes sanos desertaron, muchísimos murieron contagiados por las enfermedades tropicales, por la peste y por el hambre. Y como si fuera poco, la naturaleza también les cobró la derrota, porque fueron decenas los que murieron a consecuencia de las inundaciones, los aludes de tierra, el ataque de las fieras y el desbordamiento de los ríos. Y no hubo fuerza divina ni represiva que pudiera aglutinar a los sobrevivientes liberales e imponer el orden de la revolución, porque a pesar de la derrota en Palonegro, esta no había terminado. Muchos desertores sanos fueron cazados y ajusticiados por cobardía y traición.

En Bogotá, con la noticia de la caída de los liberales en Palonegro, todos creyeron que la guerra había terminado con el triunfo inobjetable del gobierno pusilánime. Pero no fue así. Sin embargo, seguros del triunfo, todos celebraron en la capital con música y los festejos, el licor y la pólvora continuaron hasta que no cesó la horrible noche, pues el ejército liberal se organizó en otras provincias de la nación, y de la derrota de Palonegro resurgió como el Ave Fénix, maldita y a medias, el fuego perenne de la guerra cruel e infame. El general Uribe y el general Herrera estaban vivitos y coleando, y en medio de su tesón devastador, consideraron que la estruendosa derrota en la Batalla de Palonegro no era óbice para rescatar los fragmentos ilusos del liberalismo, armar el rompecabezas de la denigración, y no servirle en bandeja de plata la derrota total al gobierno del presidente Sanclemente. Absurdamente, consideraron, como si se tratara de un juego, que iban uno a uno, empatados: Peralonso, uno y Palonegro, uno. La obstinación escondida miserablemente en el honor de partido, era mucho más fuerte que cualquier argumento. Ese monstruo horrendo, pero débil, emergió de entre la funesta noche roja, para continuar sus aleteos y dentelladas en contra de la nación.

El tiempo de la desidia

En todo el territorio nacional, las fuerzas revolucionarias, entre batallas y batallas, y con alguna que otra victoria, se dispersaban como un pueblo olvidado y errante a consecuencia de la maldición que ellos mismos habían contribuido a echarse sobre sus espaldas y sobre su consciencia, para desventura de la patria. En diciembre de 1899, los liberales del Tolima fueron derrotados, teniendo que huir hacia los Llanos Orientales a donde había llegado el general Avelino Rosas desde Cuba a proponer la guerra de guerrillas, pero en medio de la sorna de sus propios conmlitones, el general fue considerado loco, porque, según decían, tenía alojada en la cabeza una bala que le producía la demencia. El general Rosas propuso el famoso código de Maceo, un catecismo minucioso que indicaba los puntos fundamentales que un guerrillero debía cumplir inapelablemente para lograr la victoria a través de la astucia, la valentía y la disciplina. El *León del Cauca*, como era apodado el general revolucionario, intentó conformar un ejército liberal sin mucho éxito, pues el hecho de no aceptarse su propuesta de la guerra de guerrillas, la poca credibilidad por la suspicacia sin fundamento de creerlo demente, el desánimo generalizado de la tropa y el retorno de los tolimeses a su tierra, hicieron que el avezado luchador regresara al Cauca. A pesar de la supuesta locura del general Rosas, él muchas veces había salvado con denuedo a sus hombres, por algo se le apodaba el *León del Cauca*.

En el Alto de la Sierra, los generales liberales Ibáñez y el Negro Marín sufrieron una humillante derrota, a pesar de que tenían tres mil hombres que fueron desechos por los go-

biernistas. En Ambato, Tolima, dos mil revolucionarios cayeron a manos de solo quinientos gobiernistas, mientras que en Fusagasugá, los revolucionarios intentaban angustiosamente reorganizarse con la intención



Ilustración 20: El Negro Marín (derecha)

de tomarse, de una vez por todas, a Bogotá. El acuerdo para la toma definitiva y el empuje final sobre la capital, lo firmaron los generales Aristóbulo Ibáñez, jefe del ejército de Tolima; Teodoro Pedraza, jefe de división; Ricardo Morales, comandante del Sumapaz; Juan Mac Allister, jefe del oriente de Cundinamarca. En julio avanzaron hacia Bogotá y libraron combate en la población de Sibaté, pero a pesar del triunfo no pudieron continuar hacia la capital, ya que el grueso de la protección estaba entre

Soacha y Bosa y la égida de Bogotá tenía visos de ineluctable, y porque, a pesar de una victoria, los ejércitos rojos triunfantes quedan diezmados ostensiblemente, sin fuerzas para continuar adelante.

Pero si por los lados de los revolucionarios las cosas no iban para nada bien, por el lado de los conservadores se gestó lo imprevisible e inaudito, para acabar de completar, como si la sarta de desgracias fuera poca.

En medio de la desesperación, los históricos corrieron de prisa a granjearse el apoyo militar que les sustentara el *golpe de opinión*, es decir, un golpe de Estado no tan duro

aunque igualmente perverso, y para mayor desgracia acudieron a donde el general Arístides Fernández, un hombre altivo, engreído, déspota y con marcados ademanes femeninos que lo hacían ver más monstruoso en medio de ese rostro dulzón y femenino que destilaba horror. «Entro en el movimiento, pero si resulta mal, yo los fusilo a todos ustedes», dijo con su voz destemplada y arrogante.

El golpe de opinión se dio orgullosamente sin disparar un solo tiro, aunque los destacamentos del Sumapaz permanecían vigilantes y al acecho en la Plaza de Bolívar, dispuestos a entrar en actividad en caso de que el general Casabianca, ministro de guerra, decidiera dar la pelea a favor de la legalidad difuminada entre las montañas de un territorio cálido y físicamente benigno. En una treta, habían corrido insistentes rumores en la capital de que los liberales en masa se acercaban peligrosamente a Anapoima para hacer prisionero al presidente, asunto por el cual el general Casabianca había mandado refuerzos importantes a la zona, dejando la ciudad a merced de unos pocos destacamentos y de la policía a cargo del felón general Arístides Fernández, quien aprovechaba la oportunidad para hacer de ángel exterminador de los liberales, estuviera quien estuviera en el gobierno, con tal de que fuera conservador.

Y desde ese mismo instante se truncaban los buenos deseos de los históricos, porque, aparte de cometer la torpeza de comprometer al general Arístides Fernández, cometieron la brutalidad, inocentemente, de nombrar como Ministro de Guerra al general Próspero Pinzón, en reemplazo del general Casabianca, en conclusión, le daban más poder a quienes,

por el lado godo, fomentaban con mayor vehemencia el odio y la guerra imbuidos por su firme convicción conservadora a ultranza. Pues, a decir verdad, ninguno de los dos antedichos generales estaban interesados en acabar con la guerra y negociar la paz, pues eran enemigos irreconciliables de los revolucionarios. El general Arístides Fernández era un decidido e implacable perseguidor de los liberales que no admitía razón ni contemplación alguna, encarnizándose alegremente con los más atroces vejámenes. El general Próspero Pinzón estaba insuflado de la gloria obtenida en contra de la sangre de los liberales en las guerras anteriores, y el triunfo reciente en Palonegro era suficiente argumento para dar por derrotados incondicionalmente a los liberales.



Ilustración 21: José Vicente Concha

En el transcurso de las acciones que condujeron a la deposición del gobierno, aparte de las armas de los generales, las únicas que se vieron fueron una pistola y un rifle que ostentosamente portaban entre el grupo de civiles, los señores José Vicente Concha y Miguel Abadía Méndez. En ese lamentable estado de cosas, los históricos continuaron con el plan, corrieron al palacete del señor Marroquín, y después de rogarle, de implorarlo, de suplicarle, lo convencieron para que retornara al Palacio de San Carlos, que desde la misma posesión del doctor Sanclemente no tenía huésped. Con el Congreso Nacional no existía problema, porque la mayoría de parlamentarios, por no decir que todos, eran conservadores históricos, y esto le iba a dar la bendición legal al

nuevo acto de la infamia. Con la Corte Suprema de Justicia no había problema, a pesar de su apoyo al doctor Sanclemente, pues, como siempre, era un ente fantasmagórico que, en resultas, no tenía ningún poder real, a no ser que los gobiernos de turno se aprovecharan de ella para cimentar la perpleja y falaz legalidad.

El señor José Manuel Marroquín, sin estar muy convencido del paso que iba a dar, se posesionó en su calidad de vicepresidente legítimo, como presidente titular en ejercicio, argumentándose el grave estado de salud del doctor Sanclemente y su desentendimiento con el poder. Ratificó los nombramientos de compromiso que los históricos habían realizado de forma inconsulta, nombrando al general Arístides Fernández jefe de policía y al general Próspero Pinzón, quien era recibido, por segunda vez, de manera triunfal y apoteósica en Bogotá, Ministro de Guerra. En el momento culminante de la ceremonia de agradecimiento al general Pinzón y al general Arboleda, el vicepresidente Marroquín ocupó un lugar discreto en el palco de oradores, y no pronunció discurso alguno, sorprendiendo a los propios festejados, al general Arístides Fernández y a los más connotados conservadores históricos que asistieron al *glorioso* carnaval, mientras la gentuza aprovechaba la ausencia de los héroes malditos y saqueaba las casas de la ciudad, abandonadas porque todos los ciudadanos de bien se habían ido de noveleros a festejar la ignominia de la guerra en señal de agradecimiento porque don José Manuel Sanclemente ya no era el presidente de la República, y porque todo indicaba que la guerra estaba a punto de terminar a favor del gobierno.

En el teatro de guerra, los rumores acerca de quién gobernaba realmente, fueron tan confusos que nadie acertaba a comprender dónde estaba la legalidad ahora, y cuando los generales conservadores, la mayoría nacionalistas, se enteraron de la caída del señor Sanclemente, arreciaron los embates del conflicto con tal de distraer a la opinión pública y con el ánimo de recortarle las alas al pájaro rojo que podía volar muy alto y peligrosamente al saber que sus supuestos amigos históricos estaban, ahora, en el poder. Todo esto, en cambio de parar la guerra, lo que hizo fue acelerarla de forma inevitable.

En Cundinamarca, los liberales nuevamente insistían en organizarse con el fin de acometer la intentona de toma sobre Bogotá, que estaba bien abroquelada, pues con la caída del anciano Sanclemente se habían reforzado los adarves, no solamente por las guarniciones militares sino por el círculo de sapos que servían de vigías y controlaban sin armas el ingreso furtivo de los revolucionarios. Bogotá, por aquel tiempo, era un feudo en donde tanto liberales como conservadores ajenos a la guerra directamente, convivían con la zozobra de la violencia partidista, pero sin sentir los tiros en las calles, aunque sufrían gravemente las consecuencias bélicas que asolaban a la patria; al final de cuentas, para los bogotanos, sin importar de qué partido eran, la guerra era lejana aunque no ajena. El general Aristóbulo Ibáñez fue nombrado como comandante supremo del ejército rojo de Cundinamarca. Al mando de la Primera División de Occidente, con seiscientos hombres, quedó el general Benito Ulloa. La Segunda División de Occidente quedaba en cabeza del general Castilla, con quinientos hombres. La División General se in-

tegró bajo el mando del Negro Marín, que aportaba seiscientos hombres y del general Max Carriazo con otros tantos revolucionarios. El general Ibáñez se tomó a la vecina población de Fusagasugá, otra vez, triunfando magramente, pero cayó de forma apabullante en Tibacuy, enfrente, y con esa serie de triunfar aquí, pero derrotas allá, no se podía avanzar sobre la capital definitivamente, sino que esos empates se convertían, en últimas, en una gran derrota general que se sumaba a un futuro imprevisible. Así que el ejército liberal en Cundinamarca se fortificaba con el fin de tomarse a Bogotá, pero más adelante, al poco tiempo, se desmembraba por la derrota a consecuencia de la celebración, el alcohol, el desorden y la desmedida confianza de una superioridad fútil, y porque el común del pueblo liberal prefería hacerse el ajeno con la guerra y hasta brindaba su apoyo a la legalidad para no sufrir mayores persecuciones por parte del gobierno, así éste fuera conservador histórico. Todo se trasformaba en un tejemaneje incomprensible, pues era difícil saber cuál era verdaderamente la batalla del triunfo o cuál la de la derrota, pues en algún poblado salían derrotados pero a los pocos días retornaban con el ánimo de desquitarse, y en medio de esas idas y venidas todo, a la hora de la verdad, se desmoronaba para los revolucionarios liberales.

Mientras tanto, los derrocados ministros del depuesto gobierno del doctor Sanclemente por el golpe de opinión, en donde no se gastó ni un solo centavo ni se disparó una sola bala, orgullo de la civilidad, eran conducidos de forma humillante en una procesión de ludibrio por la Calle Real, vestidos de ruana, con sombreros de jipijapa y montados en sendos asnos, a la usanza de los más pobres, para que sufrieran el

castigo del escarnio con que los seres humanos se desquitan de la manera más infame que con las propias armas.⁶ Entre los sometidos a la irrisión, estaba don Rafael María Palacio, *El Pájaro Carpintero*, y quien en su calidad de Ministro de Gobierno había sido el verdadero poder detrás del trono del anciano presidente, y quien mejor le sacaba partida a los sellos de caucho.

Por otro lado, don Miguel Antonio Caro, aprovechando el nuevo estado de igual confusión, corrió a reunirse con los liberales secretamente para ofrecerles el oro y el moro con tal de que coadyuvaran con el retorno al poder del anciano Sanclemente, pero nadie quiso creer nada de nada, puesto que los cachiporros ya habían sido engañados por los históricos, quienes les habían prometido que con la caída de Sanclemente, la guerra iba a parar inmediatamente, que todos los combatientes revolucionarios, sin excepción, serían indultados, que se les restituiría los derechos políticos y civiles, que se harían reformas democráticas a la constitución y una serie de promesas más que, como siempre, nadie iba a cumplir una vez sentados en el solio presidencial. Es decir, el señor Caro les ofrecía a los liberales todo lo que les había quitado duran-

⁶ Los cachacos eran los de mejor clase ostentando las más *dignas* profesiones y vestían siempre de traje negro de buen paño, bastón y sombrero de fieltro, mientras que los rolos calzaban alpargatas, cuando no andaban descalzos y nunca les faltaba la ruana y sombreros rústicos; estos últimos pertenecían a la peonada de las haciendas vecinas, eran los cargadores de leña y agua en burros y se dedicaban a oficios como recogedores de desperdicios de comida [*lavaza*], y otros oficios considerados degradantes.

te su gobierno y, especialmente, con la Ley de los Caballos⁷. Pero lo peor había sucedido cuando los históricos, obligada y torpemente, aceptaron la colaboración del general Arístides Fernández a quienes los liberales, por obvias razones, no podían ver ni en pintura y de quien los rojos habían solicitado que no se le fuera a nombrar en ningún cargo civil o militar. El general Fernández desfiló descaradamente por los puestos más altos del gobierno, argumentando que no era ni nacionalista ni histórico, sino un conservador del más puro raigambre, cuya misión era la de salvar, por medio de la represión, las ideas godas en donde se sustentaban los pilares de la nacionalidad colombiana.

⁷ Ley que le quitaba los derechos políticos a los liberales y sometía a toda clase de represión a los opositores: «... Se faculta de forma extraordinaria al Presidente de la República para prevenir y reprimir administrativamente los delitos y culpas en contra del Estado que afecten el orden público, pudiendo imponer, según el caso, las penas de confinamiento, expulsión del territorio, prisión o pérdida de derechos políticos por el tiempo que sea necesario...*Ley 61 de 1.888*».

Mientras el poder era ostentado por la taifa montada de buena fe y de peor calaña por los conservadores históricos al



Ilustración 22: Doctor Carlos Martínez Silva.

mando del doctor Carlos Martínez Silva y su hermano, Luis, el doctor Manuel Antonio Sanclemente permanecía sumido en el olvido, en la senectud y atribulado por los embates de la demencia senil, siempre asegurando que la paz no podía ser otorgada porque lo que debía aplicarse enérgicamente era la legalidad de la ley, sin saber que ya no era el presidente titular de una nación que ya tenía el bonito nombre de República de Colombia, dado con el *oh gloria inmarcesible oh júbilo inmortal* de

la Regeneración, y que él desgobernaba simplemente por el pensamiento de un tiempo pasado, que como todos los tiempos de la nación, nunca ha sido mejor. Hacia finales de agosto, el gobierno golpista quiso cortar con la intentona de los nacionalistas tratando de retornar al poder y, en un hecho demencial e insólito, enviaron a unos esbirros para que tomaran prisionero al canijo presidente depuesto. Pero el colmo de la infamia ocurrió cuando los forajidos colocaron enfrente del anciano una jaula de guadua. «Sírvase entrar en ella», le dijeron al doctor Sanclemente, sin tener la más mínima consideración por su edad, su salud y su dignidad. «Hagan, pues, uso de la fuerza, ya que ustedes vienen en nombre de ella». «Usted ya no es el presidente de la República». «Preso o en libertad, aquí o en cualquier lugar, soy el presidente de la Republica en virtud de la legalidad», remató el canijo presidente en un destello de lucidez. El anciano fue

empujado entre la jaula sin conmiseración alguna, enjaulado como una bestezuela y llevado en andas por el camino que conducía hasta Villeta, entre las miradas de los campesinos que se preguntaban de quién eran los despojos metidos entre aquellas rejas de la ignominia. «Debe ser un anciano enloquecido». «No señor, es el presidente de la República». El doctor José Manuel Sanclemente fue llevado a la población panelera de Villeta en donde se le mantuvo en prisión como si fuera un gran criminal, pues si de eso se tratara, todos los que instigaron la guerra, y los que la hacían deberían haber estado, también, prisioneros en la jaula nefanda.

El general Arístides Fernández comenzó a aplicar el segundo imperio del terror, después del pacificador Morillo, y como los recursos para la guerra escaseaban, y acudiendo a la norma de que la guerra de un bando debe sustentarse con las propiedades de las de otro, se procedió en la capital y en los pueblos aledaños a Bogotá a censar las bestias y a determinar cuáles eran propiedad de los liberales, guerreristas o no, para expropiarlas o someterlas a un impuesto desmesurado de tenencia. Se le subieron los impuestos y se les aplicaron cuotas de guerra a los liberales, sin importar su condición de pacifistas o neutrales «Ustedes hicieron la guerra, ustedes la pagan, señores». «Que no, señor, yo no estoy en la guerra». «Pero es liberal y eso es lo mismo». A Bogotá no se podía entrar o salir sino con un pasaporte especial y únicamente de día porque se aplicó el toque de queda, asunto que no parecía incomodar a los habitantes puesto que, todavía sin acostumbrarse del todo al fluido eléctrico, ellos preferían irse a dormir apenas cayera la noche, escondiéndose en los cuartos traseros de sus casas a platicar mientras bebían chi-

cha o tomaban café negro preparado con panela, astillas de canela y clavitos de olor. Algunos liberales se escondían en las casas de sus amigos o parientes conservadores con el fin de evitar las molestias de la persecución por parte de la policía matona del general Arístides Fernández.

Por los lados de la dirección suprema de la revolución, los principales jefes salían despavoridos desde el departamento de Santander hacia la costa Atlántica, presentando de vez en cuando combates y generalmente saboreando la hiel de la derrota. El general Uribe se desplazaba al departamen-



Ilustración 23: General Foción Soto (L).

to de Magdalena y al departo de Bolívar. El general Herrera iba por los lados de la hoya del Río Grande de la Magdalena, y los generales Foción Soto y Albornoz cayeron presos, después de una capitulación, y fueron a parar al Panóptico de Bogotá a sufrir la férula impuesta por el femenil pero déspota general Arístides Fernández. Hasta una gloria de las letras nacionales, como el poeta chiquinquireño Julio Flores, había caído en la injusticia de la cárcel, y con un dolor de muela que le inflamó el rostro y lo desesperó hasta casi enloquecer, porque nadie le prestó ayuda, escribió los más hermosos poemas, entre los que se destacó uno, intitulado *El carnicero de mi patria*, en referencia al desquiciado chacal Arístides Fernández.

En el Panóptico, situado hacia el norte de la ermita de San Diego, y que se había convertido en un lugar de tormen-

to e injusticia, la situación se hizo tan insostenible en el régimen de vejaciones y humillaciones en contra de los prisioneros, que una noche se fugaron varios, entre ellos el general Foción Soto, quien por aquel entonces contaba con sesenta y ocho años de edad. En el momento en que los prisioneros huían por entre las cañerías, uno de ellos, el general Victorino Trujillo, debido a su gordura se quejó fuertemente al quedar atascado entre la tubería y luego sufrió un terrible acceso de tos que retumbó en ecos explosivos por entre los albañales hasta que la guardia los percibió de manera clara, por lo que los fugitivos fueron sorprendidos. «¡Suelten el agua de la alberca para que los fugitivos se ahoguen entre las cañerías!», ordenó el alcaide. «¡Que mueran ahogados por la porquería!».

Ante la inminencia del peligro por la amenaza, los que no habían alcanzado a salir, tuvieron que devolverse para sufrir las más graves consecuencias y castigos, impuestos en la mayoría de los casos por las propias manos del general Arístides Fernández, quien había acudido como el jinete de la Apocalipsis, montado en un precioso caballo y con el mejor uniforme de gala, para castigar a los frustrados fugitivos y para que se dieran cuenta del rigor de la ley de la infamia.

Como el general Foción Soto era ya muy anciano, se creyó que no había podido huir sin ayuda alguna por los albañales, sino que su fuga había sido facilitada desde el interior por algún traidor. Entonces se sospechó de Régulo Ramírez, uno de los presos espías que el gobierno infiltraba en la cárcel para averiguar conspiraciones, a quien se le sindicó de darle un pasaporte y disfrazar al general Foción Soto con el

fin de que se fugara, nada más y nada menos, que por la puerta principal del Panóptico. Régulo Ramírez fue fusilado enfrente de la penitenciaría, delante de una multitud de asustados curiosos quienes tomaron parte a favor y parte en contra del desventurado que recibía su paga por servirle al gobierno. *¡Así paga el Diablo a quien bien le sirve!* Posteriormente, en la libertad producida por la fuga, el general Foción Soto, desde la clandestinidad, le enviaba al vicepresidente Marroquín cartas de locura senil en donde lo amenazaba de muerte, y emitía circulares que le prometían la destrucción total, a sangre y fuego, a los conservadores, pero el asunto quedó ahí, en repetidas y dantescas amenazas a través de las misivas que no lograban rescatar absolutamente nada y que más bien producían risa que otra cosa.

El general Próspero Pinzón se retiró del Ministerio de Guerra para asumir la campaña del norte, a donde habían partido los más importantes jefes de la revolución. En un acto de ese heroísmo impulsivo, él mismo trajo una carga de armas por el río Magdalena con tan mala suerte que adquirió la temible fiebre amarilla. Meses después, el general Próspero Pinzón, el héroe conservador de la guerra de 1895 y uno de los vencedores de la tristemente célebre batalla de Palonegro, murió víctima de la fiebre amarilla. En Bogotá hasta las piedras lloraron su muerte, y se le ofreció un apoteósico funeral, aparte de que un pueblo al norte de Cundinamarca fue bautizado con su nombre: Villa Pinzón. Cuando el general Próspero Pinzón se fue a traer las armas desde la costa Atlántica, se nombró como nuevo ministro de guerra el gene-

ral Pedro Nel Ospina⁸, el mismo que nació en el Palacio de San Carlos cuando su padre, don Mariano Ospina Rodríguez, tuvo el infortunio de ser presidente de la Confederación Granadina.

Entonces, los dos grupos en contienda juraron y volvieron a jurar que por cada muerto de su bando habría cinco ajusticiados por el bando contrario. Así que los de menos rango, y la misma soldadesca de desamparados y peones, eran colgados de los árboles, porque no había dinero para



Ilustración 24: General Pedro Nel Ospina (C).

pagar las balas, o degollados con el fin de que la sangre atemorizara a los vivos a la vez que disminuían los costes de la muerte. Ahora, quien prefiriera la muerte producida por un tiro a cambio del acuchillamiento, debía pagar las balas con las que lo iban a fusilar, pues para un combatiente se consideraba indigno morir ajusticiado por un medio que no fuera el fusilamiento, por lo que muchos no escatimaban el dinero para comprar las balas con que los iban a fusilar. Los campos se infestaron de muertos de las dos malditas

facciones en contienda, los ríos arrastraban el botín de la desgracia convertido en cuerpos inflados por el soplo de la violencia y de la muerte. El jefe de las guerrillas liberales de la población de Une permaneció escondido entre la frondosa

⁸ Posteriormente fue presidente de Colombia (1922-1926), quien junto con Alfonso López Michelsen y Andrés Pastrana Arango comparten el dudoso honor de haber sido hijos de presidentes que fueron mandatarios.

copa de un árbol durante cinco días consecutivos, y la gente se dio cuenta del infortunio cuando por inanición se desmayó y cayó al piso como un saco de guanábanas. Los del bando asesino, es decir los del otro bando, ya no estaban, y el comandante guerrillero pudo volver a comer, recuperándose con ánimo para continuar en la brega de la guerra.

Las cosas continuaban invadidas de insania y en Chaparral, los rebeldes entraron al pueblo lo saquearon y lo incendiaron, hasta el punto que los liberales del municipio, que eran mayoría, se unieron, se armaron y se defendieron a sangre y fuego de los invasores que, dizque, eran sus copartidarios. Y en esa guerra de odio infinito, el alcalde del municipio de Ortega reunió a los guerrilleros liberales y una noche fue de casa en casa de los conservadores, pacifistas o no, los sacó a la plaza principal, y sin mediar un atenuante o escuchar las súplicas de las señoras, masacró a todos los detenidos sin fórmula de juicio, para luego realizar un grotesco carnaval de alcohol, tabaco, voladores y desquiciamiento general.

Las cifras de la ignominia eran cosa de espantar hacia finales de octubre, cuando la guerra ya llevaba más de un año de carnicería. El gobierno había puesto en marcha a setenta mil hombres, mientras los liberales tenían treinta y cinco mil combatientes. Se habían registrado más de 218 combates regulares, sin contar con las emboscadas de las guerrillas liberales y las escaramuzas no contabilizadas, y se calculaba que se habían gastado más de setenta millones de pesos, lo que para la época era algo supremamente inimagi-

nable. En un santiamén, el peso colombiano pasó de valer tres dólares a costar más de quince..

Otros liberales daban la batalla de posteridad de manera alocada y desesperada, pues en Nacacoro los gobiernistas derrotaban a los generales Caicedo e Ibáñez, y en una nueva derrota, el general Caicedo murió ahogado en la batalla de Sinaí. Los guerrilleros de Tulio Varón, en una artimaña digna de admirar y repudiar, se disfrazaron de fuerzas conservadoras, con brazaletes azules y vivas al glorioso partido célico, se metieron a la hacienda La Rusia y masacraron a las fuerzas oponentes mientras éstas dormían. Los machetes centelleaban en medio del frágil y hermoso resplandor de la luna, y las víctimas de la demencia ni siquiera se dieron cuenta de que estaban siendo despedazados en medio de un jolgorio vesánico e inmaculado. «¡Liberales mata dormidos!». «¡Quien tiene enemigos nunca duerme!».

Como siempre les ocurría a los rojos, los liberales de Tulio Varón se emborracharon por la gloria conseguida en la masacre y, bebidos como estaban, se fueron a someter a Ibagué seguros de obtener una segunda victoria, pero sin tener en cuenta que esta vez debían dar la pelea de frente y que estaban caídos de la perra. En las calles de de la capital del Tolima, los conservadores los esperaban ansiosos, y desde el mismo instante en que penetraron al centro del pueblo, una carga de fuego inclemente cayó sobre los beodos desde las aspilleras y desde cualquier escondrijo imprevisto. Las vías se llenaron de cabezas sueltas a machetazos, con ese mohín pletórico de la muerte, o tumbadas luego de haber recibido un disparo en el corazón. El comandante Tulio Varón cayó

herido en medio de la torpeza del combate dado por los liberales triunfadores de La Rusia, y de inmediato los buitres conservadores cayeron sobre él y lo destazaron a físicos machetazos, desmembrándolo una y otra vez, repetidas veces, como si el comandante resucitara bajo el influjo de cada tajadura. « ¡Quien a machete mata, a machete muere! ». El cuerpo del comandante guerrillero fue despedazado y colocadas sus partes, por cierto minúsculas e irreconocibles, en las esquinas y en las plazas de Ibagué, al lado de las cabezas de sus hombres que pendían como faroles apagados y sanguinolentos en el horrendo vestigio de la muerte.

¡Todos se cobraban la venganza! Lo caballeresco de la guerra, según los estúpidos preceptos de *conforme a la civilidad y a la moral cristiana*, se fue definitivamente al abismo de la gehena. El general Avelino Rosas, el del Código de Maceo para los guerrilleros con eso de «pensar despacio y actuar rápido», «no emborracharse», «atacar por sorpresa», «ocultar el nombre», cayó herido en la batalla de Puerres. Para salvarle la vida, fue llevado a una casa en un paraje solitario en donde hizo retirar la tropa de su guardia para evitar sospechas. Desgraciadamente, las huestes azules se tomaron la casa y lo hicieron prisionero sin saber que era el propio *León del Cauca*, y así se lo llevaron con la convicción de que era un soldado liberal común y corriente, al que no le prestaron auxilio médico, sino que le pusieron enfrente a un sacerdote para que le sanara las heridas del alma y se fuera curado de todo mal del espíritu al más allá. Una caravana interminable de fisgones comenzó a desfilar enfrente del herido para satisfacer su malsana curiosidad, pues los prisioneros se exhibían implacablemente como trofeos del conflicto. «¡Es el general

Avelino Rosas, el llamado *León del Cauca*», gritó un soldado con los ojos desorbitados cuando escudriñó pasmadamente el rostro del herido. Con el juramento del soldado, quedó confirmada la identidad del prisionero herido. Entonces, ataron al general con más cordeles y le reforzaron la guardia, pero lo siguieron exhibiendo al jabardillo de curiosos. A eso de las cinco de la tarde, un soldado que venía de Cajibío se encaletó un fusil debajo de la ruana, y cuando llegó enfrente del militar caído en desgracia, sacó el arma y le disparó a quemarropa, gritando: «¡Qué muera el partido liberal! ¡Qué viva el glorioso partido conservador!».

El general Rosas murió, quince minutos después del disparo a mansalva, a consecuencia de las terribles heridas en el abdomen, el tórax y el hombro derecho. Inmediatamente desataron el cadáver y lo colgaron de la puerta de la casa en donde lo exhibieron como un trofeo de guerra. Al día siguiente, lo colgaron de un palo, atado de pies y de manos, y en una procesión triunfal lo llevaron a Ipiales, en donde expusieron el cadáver en la plaza principal, para someter el cadáver al escarnio público.

Por otras tierras, igual de desgraciadas, de la patria, el general Gabriel Vargas Santos cargaba con el peso oneroso de las derrotas que le achacaba especialmente el general Uribe, hasta el punto que las relaciones personales entraron en decidida enemistad, y la aversión entre las facciones al mando cundió impertérrita como una maldición ineludible que todo lo corroía en virtud del odio y las desmedidas ansias de poder. «El general Uribe como tiene talento, nos niega a todos el sentido común», dijo el general Vargas Santos para

esclarecer lo que era realidad: que la mayoría de las batallas primordiales se habían perdido por culpa del general antioqueño.

El general Uribe, *mártir, paladín y apóstol de la paz*, se refirió al anciano general en estos términos, y eso que él fue quien tuvo la luminosa idea de nombrarlo Director del Partido Liberal, Director de la Guerra y Presidente Provisorio de los Estados Unidos de Colombia, en donde dejaba entre ver la prepotencia e insidiosa vanidad del militar de Valparaíso, Antioquia: «Abuelo de corta estatura, sanguíneo y regordete, de hábitos metódicos, enemigo de la tierra fría, poseedor de pereza física y mental. Su espíritu como su cuerpo en la hamaca voluptuosamente, calentano y llanero, fatalista, laxo, apático. Nulo a concebir, inepto a disponer, impotente a ejecutar. Lleno de pequeñez moral, por falta de elevación de sentimientos». ¡Sin comentarios!

Y el general Gabriel Vargas Santos se defendió acusando al general Uribe de robarse la plata de la revolución, la misma que obtenían de los saqueos, las retenciones, eso que ahora llaman secuestros, el pillaje y las compasivas donaciones de los gobiernos extranjeros amigos de la revolución pero enemigos de Colombia, que siempre estaban atentos a ver cómo podían seguir robándose los territorios fronterizos de la nación. «Se llevó la plata al extranjero, se la gastó y nunca trajo nada, ni un céntimo de la ayuda que prometía traer por parte de los amigos de la causa», dijo el general Vargas. En la República Liberal, se cobraban impuestos forzados a los conservadores que no estaban en contienda, y también se obligaba a pagar el recaudo de contribución a los liberales no

participantes directamente en el conflicto, porque «esta es nuestra guerra». De todas formas, en la República Liberal, la peor parte la llevaban los conservadores, como en la República de Colombia, la del gobierno *legítimo* de Marroquín, la peor parte la llevaban los liberales. El general Uribe tenía fama de *manos vivas y uñas largas*, porque en el departamento del Tolima circulaba a viva voz la frase de «el señor Uribe y la pandilla de ladrones que saquean al Tolima», eso a raíz de un problema con el asunto de los licores. Bueno, la guerra no es solamente para matar por matar, sino para robar por robar, tanto los unos como los otros. ¡El despojo es su alma y nervio!

El general Rafael Uribe jamás conformaba un ejército, sino que se los arrebató a quienes ya lo habían armado y luego los perdía tristemente en las batallas, en donde era vanidoso y ostentaba valentía, pues se ponía de pie al frente del campamento realizando ademanes para convertirse en blanco del enemigo, y luego entrar a beber agua en su tazón de plata. Para completar, justificaba sus derrotas de manera descarada, dejando papeluchos a los generales conservadores en donde indicaba el motivo de su retirada, disfrazando de tal forma las derrotas infligidas. Por ejemplo, al final de su periplo bélico, en Corazal, le dejó al general Pedro Nel Ospina, el hijo de don Mariano, el que nació en el Palacio de San Carlos, la siguiente perla: «Conveniencias de guerra me aconsejan a dejarte Corazal. Ahí te la dejo con sus fiebres, su hambre y su aspecto antipático». Pero jamás tuvo en cuenta que el general Ospina le había facilitado la huída en Ciénaga para después derrotarlo.

Durante la toma de Corazal por parte del menguado ejército del general Uribe, el capitán Fajardo encontró un opíparo entierro, de lo que el jefe se enteró casualmente. Y quien dijo miedo, de inmediato afloró en él la avaricia y con la socapa de que cualquier encuentro de tesoros escondidos le pertenecía a la revolución, decidió apoderarse de manera brutal de lo que no le correspondía. Uribe mandó azotar de forma inclemente al capitán Fajardo, quien se vio obligado a devolver el dinero, con tan mala suerte que le hacían falta treinta mil pesos. Para recuperar el dinero faltante, al general se le ocurrió la idea de hacer traer hasta su campamento a la esposa del capitán Fajardo, quien hacía de vivandera⁹ en la tropa. Como la mujer nos dijo en donde estaba el dinero, fue desnudada, enfrente de su marido y de la tropa de alegres muchachos, puesta bocabajo y flagelada con la más absoluta barbaridad. Finalmente, ante el castigo y la humillación, la mujer decidió confesar en dónde estaba el dinero faltante. De esta forma el ilustrísimo *héroe, mártir, paladín y apóstol de la paz*, el señor doctor y general Rafael Uribe Uribe recuperó, en nombre de la revolución, el dinero. Y saber que, dizque, la revolución propendía por la libertad, la dignidad y los derechos en justicia de las personas.

Derrotado el general Uribe, se incorporó como jefe de operaciones del Magdalena, en donde los liberales no vieron

⁹ Vivandera: en las guerras, las mujeres que acompañaban a la soldadesca para atender los quehaceres domésticos mientras no se estaba en batalla; por lo general, eran compañeras de los combatientes y se les denominaba así porque al regreso de cada batalla, ellas daban vivas a los guerreros sin importar si habían triunfado o si habían salido derrotados.

con buenos ojos tal designación, pues nunca entendían el motivo por el cual el instigador principal de la revolución ante el gobierno conservador, perdía inexplicablemente las batallas aunque tuviera todo de su parte para ganarlas. El resentimiento salió como una malévola explosión volcánica cuando en un comunicado desde Nueva York, lleno de amargura y deslealtad, dijo que: «Me sabrá mejor un mendrugo de pan aquí, que una libra en Colombia, mande quien mande, pero muy especialmente si es el partido liberal, hato de ambiciosos suspicaces, de chismosos maldicientes, de todas las comunidades del mundo, la que conozco movida por pasiones más antisociales y malsanas». Realmente los otros jefes liberales no tenían la culpa de que Uribe fuera un mal militar, una persona prepotente y antipática, que se ganó hasta el malquerer de sus copartidarios y conmlitones. Hasta los rumores señalaron que Uribe quería que los demás generales de la revolución cayeran presos para que, a costa de la desgracia de los suyos, pudiera montarse solo en el pedestal de la gloria, porque en esta patria lo único que da gloria, maldita entre otras, es la guerra.

El general Uribe no aceptó ser el comandante liberal de los ejércitos de la costa y quería serlo de los ejércitos del Cauca, por lo que el general Vargas Santos imaginó que deseaba fugarse al exterior. El general Uribe ya se había amangualado con una sarta de dictadores alentando el despropósito de revivir la Gran Colombia conformada por Nicaragua, Colombia, Venezuela y Perú, y de inmediato entró en disputa sobre cuál debía ser la capital, si Caracas, si Bogotá o si Ciudad de Panamá y de qué nacionalidad debería ser el primer presidente. El hecho fue que el general Uribe tuvo el

amargo récord en la costa Atlántica de sufrir más de veintiséis derrotas en un mes, al ritmo de casi una diaria según la fatalidad de las estadísticas.

El comienzo del fin de la guerra

Por fin, en los estertores de la agonía, todos los jefes liberales más connotados se reunieron en Riohacha para intentar una estrategia que les permitiera salirse rápidamente del estercolero en donde se habían metido. Riohacha era el único puerto en manos de los revolucionarios, y allí acudieron a la cita del exilio los generales Gabriel Vargas Santos, Benjamín Herrera, Rafael Uribe y Justo L. Durán. Inmediatamente abandonaron el país para buscar refugio, la mayoría, en Nueva York, en donde el 29 de mayo de 1902, el general Gabriel Vargas Santos firmó un tratado de paz ante el ex ministro José Vicente Concha, pero el documento no fue aceptado por el gobierno de Marroquín por considerarlo inadecuado, y los estertores de la guerra continuaron bañando de sangre a la nación. A la vez, el general Uribe realizó un llamado a la paz desde Nueva York porque, en medio de su mendicidad, no consiguió recursos para armarse, de todas formas, los oídos estaban sordos a consecuencia de los fragores de la guerra, entonces decidió retornar al país para continuar con el desangre cotidiano. Los conservadores en el poder, miserablemente, le colocaban talanqueras al propósito de la paz, confiado en que, como estaban las cosas, iban a derrotar a los liberales y someterlos humillantemente de manera incondicional. Al cruzar por Venezuela, el general Rafael Uribe obtuvo el apoyo del dictador de raigambre libe-

ral Cipriano Castro, quien no cejaba en su intención en convertirse en el primer presidente de la Nueva Gran Colombia, en que los dementes estaban empeñados. El sentimiento apátrida del general Uribe salió a flote cuando armó en territorio venezolano un ejército de forajidos colombianos y despozas venezolanos y, descaradamente, lo comandó al lado de un hermano del dictador Castro de nombre Celestino. A su vez, el gobierno colombiano se había aliado, en un no peor sentimiento apátrida, con el general venezolano Rangel Garviras, enemigo decidido de Cipriano Castro, y quien se refugiaba en territorio colombiano. El ejército comandado por Garviras atravesó la frontera, también con soldados colombianos y venezolanos, y enfrentó a las fuerzas de Uribe y de Celestino Castro en la población de San Cristóbal, pero los esbirros del otro lado salieron triunfantes. Orondamente, Cipriano Castro envió una expedición sobre Riohacha con los vapores Zumbador y Miranda; todavía creía que toda la península de la Guajira le pertenecía, y vivamente deseaba robársela.

En el océano Pacífico eran retomados los puertos de Buenaventura y Tumaco por parte del ejército oficialista, puesto que los revolucionarios, en medio de su disimulada huida y su protección, habían terminado por descuidar la mayoría de las tierras del sur, dejándolas al amparo de los gobiernistas.

En el interior del país continuaba el carrusel del odio girando vertiginosamente, porque el gobierno previno a los revolucionarios de fusilar a los prisioneros liberales si los cautivos conservadores no eran liberados de manera inmediata. Como no hubo una respuesta positiva por parte de los

liberales, un batallón sacó a veinte prisioneros revolucionarios, se los llevó a río Tamarindo y allí los fusiló para que sus cuerpos descendieran, aguas abajo, con el inapelable signo de una muerte inflada por la turbulencia de la hostilidad. El general revolucionario Pulido fue hecho prisionero y fusilado, al instante, con seis compañeros más, en tanto que el general radical Aristóbulo Ibáñez también cayó en manos de la conducta execrable del gobierno, después de haber sido derrotado en el Guavio, y cuando ya había anunciado su retiro de la guerra y permanecía solitario buscando la paz que nunca había ganado; Ibáñez fue decapitado y descuartizado para, luego, colocar su cabeza en una pica y exhibirla por los caminos cárdenos de la nación.

Las cosas tampoco iban bien para los liberales que eran neutrales en la guerra, pues, la familia López descendiente de don Jerónimo López, quien fuera sastre de nadie más y nadie menos que del virrey Amar y Borbón, sufrió los atropellos de la persecución. Don Pedro López¹⁰, hijo de don Ambrosio, quien fuera decidido draconiano durante la época de Obando y Melo, se ausentó del país dejando a cargo de sus negocios en el país a don Ernesto Michelsen. Don Pedro y su hijo, Alfonso López Pumarejo, trajeron de Londres oro en polvo y en lingotes, pero en la población de Honda fueron atajados por los gobiernistas y obligados a hacer un empréstito forzoso a favor de la legalidad en el poder.

En un último intento, pero como siempre suele pasar con las propuestas de paz, el gobierno expidió un decreto de

¹⁰ Abuelo de Alfonso López Michelsen.

indulto para todos los liberales alzados en armas con la trampa oculta que dicha primilla no amparaba al general Benjamín Herrera ni al general Rafael Uribe, lo que, a todas luces, era inconcebible porque nadie estaba dispuesto a aceptar que a los dos jefes máximos de la revolución no se les fuera a perdonar su participación en la guerra. De esta forma, el gobierno prolongó el estado de las cosas y en medio de una agonía imbatible, la guerra daba sus coletazos de cataclismo, cuya onda explosiva removía sin compasión los destinos de la patria.

El ministro de guerra, el general Pedro Nel Ospina, se dejó convencer para darle un golpe de opinión al presidente Marroquín, y en un plan inconsistente y descabellado, puesto que ya habían conformado un gabinete clandestino con algunos liberales, pretendió hacer que el presidente Sanclemente regresara a retomar el poder. Entonces, el ministro salió a recibir al anciano Sanclemente, supuestamente, en la estación del ferrocarril de Facatativá, de donde debía escoltar al vetusto presidente hasta Bogotá con un cuerpo del ejército comandado por el general Mariano Ospina Chaparro, pariente suyo, y quien al comienzo de la guerra sufrió a manos de los liberales una estruendosa derrota en Sibaté, que lo habían tumbado de la escalera que conduce al poder. Al presidente Sanclemente irían a recibirlo en la Estación del ferrocarril de Sans Façon los más connotados personajes, entre los que se destacaba el propio arzobispo de la capital, monseñor Bernardo Herrera Restrepo, los magistrados de la Corte Suprema de Justicia que no habían aceptado el golpe anterior, y un grupo numeroso de ciudadanos de todas las tendencias que supuestamente deseaban la paz y que, según

parece, apoyaban al anciano que no había podido evitar el inicio de la conflagración y que, mucho menos, iba a poder terminar con ella, porque, a la hora de la verdad, había sido un presidente decorativo que no tenía más poder que el de su mente dislocada por los vericuetos de la vesania senil, aunque en determinados momentos tuviera unos destellos de lucidez que dejaban perplejo al más despabilado. El golpe fue develado, y cuando el conspirador llegó a San Façon, tuvo la mala suerte de perder el tren que debía conducirlo a Facatativá, entonces decidió irse a caballo con el infortunio de no encontrar a nadie, para que al día siguiente dos gendarmes que ya tenían la orden de captura, lo apresaran. El ministro Ospina fue fulminantemente destituido, hecho prisionero, aunque alegó que solo iba de paseo a Facatativá, no le creyeron porque los rumores, ciertamente, y más si son acompañados de *extrañas casualidades*, tienen gran valor como prueba testimonial. Se puso en su reemplazo a don José Vicente Concha¹¹, un conservador que hacía muy bien la ruta de ascenso al imperio malévolo del poder. A su vez, los generales Jorge Holguín¹² y Henrique Arboleda, el otro vencedor de la batalla de Palonegro, fueron condenados al destierro en compañía del ministro destituido, porque se supo que eran los personajes detrás del telón que dirigían la conspiración con el ánimo de resucitar al nacionalismo para que se hiciera de nuevo cargo del gobierno. Sin permitirle la comunicación con sus parientes ni la consecución de recursos, los generales Holguín, Arboleda y Ospina fueron conducidos a la Costa

¹¹ También presidente de Colombia (1914-1918)

¹² Presidente interino en 1909 y titular designado de 1921 a 1922.

Atlántica y de allí enviados forzosamente al extranjero. En medio de la insania de la guerra, la gente del gobierno y los demás conservadores se enloquecían ejecutando las acciones más descabelladas con la refundida esperanza de acabar con la amargura de mil días de desolación, sangre, muerte, miseria para los humildes y riqueza para unos pocos.

En la opugnación entre los paraguas y los fusiles, se dirimió el último combate político en el Ministerio de Guerra, pues don José Vicente Concha, de vocación decididamente civil, les suavizó el trato a los prisioneros del Panóptico, asunto que mantuvo inconforme al presidente Marroquín, quien para sacar al ministro de la arena ministerial, lo nombró embajador en Washington y, para empeorar la situación de la llama a punto de extinguirse que se reaviva insolentemente, nombró como Ministro de Guerra a nadie más y nadie menos que al déspota, sanguinario y femenino general Arístides Fernández, quien como jefe de la policía había pasado a ser gobernador de Cundinamarca, y ahora se le daba el inmenso poder para continuar con la carnicería troglodita de liberales, contendientes o no. Don José Vicente Concha y el general Rafael Reyes, ministro plenipotenciario, y retirado de los albures infames de la guerra, conversaron supuestamente de paz con los generales radicales que andaban por Norteamérica en el éxodo del oprobio. Nadie entendía cómo un presidente y un gobierno que decía querer la paz y terminar con la guerra, le echaba más carbón al fuego eterno de la contienda, después de que había dado un golpe de estado con el supuesto fin de conseguir la concordia, ya que los nacionalistas andaban refundidos entre la desorganización y la senectud. Realmente, los guerreristas conservadores, a la hora

de la verdad, no se comportaban ni como nacionalistas, ni como históricos, sino simplemente como belicistas godos que se reacomodaban aquí y allá con tal de no recular en sus propósitos violentos que de alguna manera les representaba enormes beneficios personales.

El gobierno exigía, para firmar la paz, absoluta sumisión de los revolucionarios a cambio de respetarles la vida y las propiedades, y hasta, ilusamente, se comprometió a realizar reformas profundas y trascendentales en el parlamento. Pero nadie aceptaba nada, porque el honor patrio que cada uno pregonaba, se consideraba horrendamente mancillado, y se exigía dignidad en la capitulación, la misma que se le negaba de manera ineluctable a la patria. El general Arístides Fernández continuaba fusilando adversario como matando moscas o eliminando ratas, hasta el punto que el propio don Miguel Antonio Caro, siendo él decidido nacionalista, y el autor de la ley que reprimía todas las libertades civiles, protestó por intermedio de una carta. Lo propio hicieron los hermanos Martínez Silva, Carlos y Luis, quienes de inmediato fueron hechos prisioneros, llevados al Panóptico, pero sacados de la cárcel rápidamente por sus afectos con los liberales y confinados en la población de Gachalá. Así que los hermanos se convertían en víctimas irreparables de sus propios copartidarios y de la ley que dictaba facultades extraordinarias para reprimir, no solamente a los del otro partido, sino a quienes en virtud de reclamar el más mínimo derecho de justicia, se atrevían a hacerlo sin importar su condición o ideología, ni menos su calidad de conservadores.

En medio de la más absoluta soledad, la misma con la que castiga el poder, el doctor José Manuel Sanclemente falleció sin que recibiera mayores honores y reconocimiento por parte de nadie, y sin que nadie recordara que había sido secretario de gobierno de don Mariano Ospina Rodríguez, en el momento en que comenzó su carrera política, y cuando no se imaginó que iba a ser el presidente de una nación que entraba en la guerra más larga, miserable y sangrienta, que sería el epílogo de las guerras civiles formales, pero no el cese definitivo de la violencia política en la patria. Durante los últimos y nefandos días de su existencia, el doctor Sanclemente, en un acto inconcebible, sacó a relucir su cálamo de experto jurisconsulto, haciendo gala de toda la lucidez postrera de una llama cuando se va a consumir definitivamente. Don José Manuel fue un ferviente creyente y defensor de las ideas que tenía sobre lo etéreo de la legalidad, hasta el punto que no admitió jamás entregar el poder al primer postor, y por eso consideró siempre que él era el verdadero y legítimo presidente de la República, así no ejerciera. Tampoco, a pesar de la serie de argumentos, fundamentados o no, creyó posible que el general Rafael Reyes, en su calidad de designado, regresara al país y tomara las riendas del gobierno. «Le entregaré el poder al general Reyes cuando él haya sido elegido como presidente constitucional» [por elecciones], se dice que dijo el anciano mandatario. Era marzo de 1902, y la guerra, aunque tambaleaba, no daba muestras de terminar. La guerra se sustentaba entre los argumentos de la legalidad y los de la revolución para obtener no sé qué libertad que fuera capaz de las más horrendas depravaciones.

Dispuesto a dar el combate definitivo, sacando fuerzas del debilitamiento económico y desgaste de la guerra por su extensión desorganizada, el general Rafael Uribe se las dio de *El Libertador*, y entró nuevamente al país realizando la ruta de emancipación que Bolívar hizo, atravesando las llanuras orientales hasta alcanzar las estribaciones de la cordillera Oriental. Por aquel entonces, firmaba la correspondencia con el pseudónimo de Roque García, con el fin de causar confusión en las interceptaciones ilegales de la correspondencia. Llegó a Chocontá y se dirigió hacia el Guavio, con el propósito de invadir a la capital por el extremo oriental de la cordillera. En el Guavio libró una de las pocas batallas en donde salió triunfante, y que lo entusiasmó para continuar con su aventura *bolivaresca*. En la población de Medina fue recibido por el general Foción Soto, que se ocultaba allí desde el momento de su fuga del Panóptico, y quien lo nombró Jefe de Operaciones del Ejército Unido. Con este pomposo título, que de nada le sirvió para mejorar su estrategia y sus habilidades de combate, el general Uribe fue derrotado por el general conservador Perdomo en el Guavio y, acto seguido, en el Amoladero sufrió una nueva y humillante derrota que no desterró su tozudez para continuar, entre tumbo y tumbo, en medio de la insana aventura en donde se había metido. Abrigaba la cruel esperanza de unirse al Ejército Liberal del Sur, asunto que se imposibilitó porque el general Mc Allister sufrió en Soacha una terrible derrota a consecuencia de la desorganización, la improvisación, la indisciplina y las constantes borracheras de los liberales; aparte de ello, los cachiporros fueron delatados por un traidor de su misma filiación en Bogotá, quien recibió una jugosa suma de billetes deva-

luados por su delación, y cuyo asiento de perplejidad se hacía en un libro secreto del Ministerio de Guerra, en donde quedaban consignadas las transacciones que enriquecían a costillas de la guerra, y por parejo, a los conservadores y a los liberales. Entre derrota y derrota, entonces, Uribe decidió retomar la ruta hacia la costa Atlántica, convencido firmemente de que era imposible tomarse a Bogotá y deponer el gobierno conservador de don José Manuel Marroquín, y que yendo hacia el norte podía fortificarse el ejército liberal con los rezagos dispersos de los generales enloquecidos por el calor. Había perdido un ejército de más de tres mil hombres. Llegó a Riohacha y ante los demás generales liberales que allí estaban, puesto que la capital de la Guajira era todavía el único puerto salubre en manos de ellos y que les servía de refugio, más por decisión del gobierno que de otra cosa, anunció su retiro de la lucha revolucionaria y salió del país nuevamente en compañía del colegio cardenalicio liberal compuesto por los generales Gabriel Vargas Santos, Benjamín Herrera y Justo L. Durán. Los más preclaros generales salieron con el argumento reiterativo de negociar la paz en el exterior en donde podían tener más garantías, especialmente por el asombro de los países americanos de saber que en la selvática y montaraz Colombia había una guerra que jamás terminaba como jamás había parecido iniciarse. Sin embargo, los señores generales del radicalismo también deseaban quemar sus últimos cartuchos mendigando la ayuda de los países extranjeros cuyos gobiernos se declaraban solidarios con ellos; así lo demostraron porque después de su retiro aparecieron otra vez entre sus huestes, como traídos por la

magia, en el suelo patrio. ¡Ninguna de las dos cosas les resultó!

En su nuevo éxodo de desventura, el general Uribe salió presurosamente del país hacia Curazao, pero decidió regresar hacia mediados de agosto de 1902 a Riohacha, emprendiendo una nueva campaña en medio de la terquedad de las derrotas. Vencido en el departamento de Bolívar, se incorporó al ejército revolucionario del Magdalena, en donde los liberales estaban mejor, pero la estela de su ineptitud y de su vanagloria imposible, lo condujeron a la derrota definitiva. Allí recibió el ejército del general Benjamín Herrera, el cual perdió definitivamente entre los desastres de su apatía misteriosa e inexplicable, porque era un hombre sin vicios, pues no bebía ni fumaba, y siempre dio pruebas de castidad. También en muchas oportunidades, en mitad de las batallas, lo sorprendieron sus propios hombres leyendo algún libro o escribiendo en una máquina Remington, y en una ocasión, mientras estaba en su oficina embebido en otros quehaceres ajenos a la contienda, su caballo fue muerto de un tiro desde el otro lado en donde los estaban atacando, y él ni siquiera se inmutó ante el percance.

En Bogotá, a donde las noticias siempre llegaban trasnochadas y tergiversadas, contándolas cada quien a su gusto o de acuerdo a sus intereses, a la hora de la verdad nadie sabía qué estaba pasando, pues mientras los liberales afirmaban que las tropas revolucionarias estaban muy cerca de la ciudad, los conservadores desmentían inmediatamente, aduciendo que los radicales huían despavoridos fuera del país, lo que, a medias, era verdadero. Unos proclamaban el

triunfo de la revolución y otros, su derrota, lo que a la postre, increíblemente, era cierto.

Posteriormente, casi al mismo tiempo en que todos clamaban por la paz, el Negro Marín, comandante de las guerrillas del Tolima, y quien le había dado dura pelea y fuertes dolores de cabeza al ejército conservador, también dijo haberse cansado de la guerra. Después de su capitulación, hizo circular un manifiesto patriótico, en donde realizó un llamado clamoroso a los liberales que todavía estaban alzados en armas en cualquier rincón de la patria, con el fin de parar el derramamiento fratricida de sangre, sellar la paz y convocar a la unidad de los colombianos, intención muy hermosa que no se sabía si se realizaba para no permitir la derrota incondicional por parte del gobierno o si, verdaderamente, el calor tenía algún sentimiento de corazón. Uno de los mecanismos de defensa de los mamíferos, entre ellos el ser humano, es el de aparentar sumisión o simular la muerte; eso evita el ataque definitivo de quien tiene todas las de ganar.

Tan cansados parecían todos, que hasta los liberales pacifistas se manifestaron en contra de la guerra enfrente de las instalaciones de *El Nuevo Tiempo*, el periódico que dirigía Carlos Arturo Torres, quien era un acérrimo anti conservador, que en cierta ocasión afirmó que prefería que no quedara piedra sobre piedra en Colombia a que los azules obtuvieran el poder. En aquella manifestación, los liberales pacifistas le expresaron al gobierno su disposición para colaborar en todo lo que se pudiera con tal de terminar el extenso conflicto. Los mismos liberales pacifistas, a mediados de junio, le enviaron una carta a los principales generales revolucionarios solici-

tándoles la urgencia de parar, ya mismo, el baño de sangre a que tenían sometido a la nación. Esta era una solicitud de cordura, pues a la final, el gobierno como tal, y en su calidad de legal, su primacía era la de combatir sin cesar a los alzados en armas, mientras que de los revolucionarios dependía fundamentalmente la cesación o la continuación de la guerra. El derecho de hostilidades era la salvaguarda de la vida de los principales generales, aunque no lo era para los revolucionarios comunes y corrientes, los humildes, los del pueblo y de menor rango. Las capitulaciones eran la única salida decorosa para disimular el desastre de la derrota en la guerra, así, después, no se cumplieran y cada cual se fuera por su lado a preparar el nuevo desquite.

Sin embargo, los belitres de un lado y del otro, entre ellos incluido el general Arístides Fernández, continuaban arremetiendo con toda virulencia en contra de los propósitos de la paz, en donde el andamiaje de las hostilidades no resistía la guerra de desgaste a que era sometido. El gobierno había ganado la guerra en el sur y la ganaba en el norte, pero la perdía en Panamá, y los liberales no podían cumplir con el propósito de tumbar el gobierno directamente en Bogotá, a donde nunca pudieron entrar como ejército regular durante la guerra del Trienio Mortal; además, el desgaste de los ejércitos rebeldes del interior no era aval suficiente para permitir que los combatientes triunfantes llegaran desde las lejanías de Panamá, así que ya no había mucho por hacer. Entonces se comenzaron a preparar los tratados como un artificio que para la historia se podía describir jocosamente como “una partida en tablas”, algo que depende exclusivamente desde la perspectiva desde donde se mire, pero que, sin

poderse ocultar, mostró que la única derrotada a manos de las dos funestas colectividades ahorcadoras, era la patria.

El tratado de Neerlandia

El general Rafael Uribe continuó sufriendo una serie de derrotas, la mayoría inexplicables en donde dejaba entre ver su ánimo pusilánime a la hora de presentar batalla, el cual le



Ilustración 25: Rafael Uribe Uribe

hizo creer a muchos que deseaba ser el único sobreviviente libre de la guerra, para ganarse la gloria total, mientras los demás liberales eran hechos prisioneros o morían. El general conservador, Juan B. Tovar, jefe militar y civil del departamento de Magdalena nombró como jefe de operaciones en contra del maltrecho ejército de Uribe al general Florentino Manjarrés, quien se hizo acompañar por los coroneles Urbano Castellanos y Gregorio A. Garzón en su expedición hacia donde el general revolucionario hacía disparar un deslucido

y vetusto cañón, de vez en cuando, en contra de los vapores que llevaban a los soldados del gobierno hacia Panamá, pero que no les hacía ni siquiera cosquillas. El general Uribe tuvo la intención de devolverse a Ciénaga con el ánimo de tomarse la población, pero en Sitionuevo le cayó implacable y heroico el general Florentino Manjarrés, quien lo venció fácilmente. Uribe no tuvo más remedio que huir, escondiéndose en una

hacienda de la región llamada ostentosamente Neerlandia y cuyo dueño era un holandés, hasta donde lo siguió el general Manjarrés. Cuando Uribe percibió el peligro, inmediatamente elevó la bandera blanca para salvarse él, y en un tono de viejo amigo le dijo al general Manjarrés, quien tenía el pleno aval del general Juan B. Tovar que era hora de firmar la paz, porque la patria no merecía más derramamiento de sangre.

Es más, las indicaciones del general Tovar al general Manjarrés eran para que firmara la paz y no para someter militarmente al general Rafael Uribe. El general Tovar, un verdadero caballero de la guerra, respetó al dedillo la bandera blanca y la intención, solapada o no, del general Uribe de firmar la paz, y gustoso corroboró el tratado que el general Florentino Manjarrés ya había firmado y, en compañía del tratadista liberal, le presentaba como la más excelsa tabla de salvación para el país. Parar la guerra era una necesidad: una necesidad para salvar el pellejo de los poderosos, una necesidad para proteger las exiguas riquezas que en cambio de crecer, como al comienzo, menguaban triste y lánguidamente, una necesidad que había que ocultar bajo la funesta capa de que todo se hacía *desinteresadamente* por el bien de la patria. Sin embargo, en el juego macabro de la muerte, se habían hecho ricos los dueños de las ferrerías, los carpinteros, las modistas, los sastres, los abogados, los médicos y los fabricantes de piernas y de manos de palo para suplir burdamente la necesidad de los mutilados; todos habían exprimido la jugosa fruta del conflicto hasta dejarla más seca que una calavera milenaria. Cuando el jugo se acababa, era imperioso terminar con la guerra.

Y los dos, Manjarrés y Uribe, se sentaron cordialmente y firmaron el 24 de octubre de 1902 el tratado de Neerlandia, exactamente tres años y doce días después de que el general Uribe llegara a Salinas de Chita a convencer al general Vargas Santos de que resucitara para la guerra y que, paradójicamente, se firmaba el día del onomástico y natalicio del general Uribe, pues antaño, el natalicio coincidía con el onomástico porque al recién nacido se le colocaba el nombre que le correspondía en el santoral el día de su nacimiento; de esta forma, hoy día, se confunde el onomástico con el cumpleaños, lo que no debe ser estrictamente así, pues el natalicio puede ser diferente al día de su santo. También se cumplían exactamente tres años y una semana desde el momento en que la guerra estalló en la finca La Peña en cabeza del general Juan Francisco Gómez, tres días antes de lo acordado. En la capital del departamento de Magdalena, Santa Marta, *que tiene tren pero no tiene tranvía*, los festejos por la celebración del tratado de Neerlandia fueron admirables y un furor de carnaval se dejó sentir como las olas y la brisa de la Perla de América, *porque si no fuera por las olas, caramba, Santa Marta moriría de pena, caramba*.

El asunto de que se hubiese firmado un *tratado* y no una capitulación, molestó profundamente al gobierno central, pues consideraba una mofa el convenio en la que el general Rafael Uribe salía tan bien librado, que por poco era considerado héroe nacional de las fuerza gubernamentales. Parece que el general Tovar, con buena fe, aceptó sin meditarlo mucho, las argucias del astuto general Uribe, pero, eso sí, el paso ya estaba dado y no había excusa para dilatar la situación de la guerra y había que pasar por alto las posibles

oscuras intenciones, ser optimista y pensar que todo iba a salir a la perfección. Además, la firma del convenio también les servía estratégicamente a los legalistas porque les permitía a las tropas del gobierno liberarse del flaco asedio del general Uribe y ser enviadas como refuerzos a Panamá para apoyar a los defensores del gobierno en el istmo. El ministro de guerra, don José Joaquín Casas, un ilustre pedagogo, le envió al general Juan B. Tovar un telegrama en donde le ordenaba de forma perentoria que debía hacer prisionero al general Rafael Uribe, quien ya gozaba de las mieles de no ser un fracasado general sino un brillante doctor, y someterlo de inmediato a un consejo verbal de guerra, lo que significaba, en últimas, la muerte para el liberal insurrecto. El general Tovar, digno, honorable y militar de palabra, se disgustó por la actitud y entró en desobediencia diciendo que para no mancillar el honor militar, prefería romper sobre las rodillas su espada, antes que incumplir en lo más mínimo la palabra empeñada a nombre del gobierno nacional del que consideraba su vocero legítimo. Mientras tanto, el doctor Rafael Uribe se desplazaba por Barranquilla como un paisano cualquiera y hasta fue padrino de bautizo de un niño en el templo de San Roque. Una familia le rogó con entusiasmo de perdedores que apadrinara a su hijo. Acto seguido, el doctor Rafael Uribe se internó en el departamento de Bolívar a inducir a los guerrilleros liberales para que detuvieran el alzamiento, y fue acompañado por el general Heriberto A. Vengoechea como representante del gobierno en las conversaciones del paz con los grupos dislocados que aún persistían en la desgraciada aventura de la guerra. No fue fácil ni plenamente creíble ver al doctor Uribe, el general ex combatiente y prin-

cipal instigador de la guerra del Trienio Mortal, acompañado de un adversario como el general Vengoechea, convenciendo y recogién-dole los fusiles y las armas a los guerrilleros liberales, prometiéndoles el paraíso perdido. El general Vengoechea era un hombre relativamente joven que había enca-necido prematuramente, y que para disimularlo utilizaba afamadas tinturas que se le habían agotado durante la co-rrería del desarme y la paz con el doctor Rafael Uribe, motivo por el cual cuando retornó a su casa, sus hijos no lo recon-cieron y gritaron sorprendidos. «¡Mamá, aquí hay un hombre viejo!».

Entre tanto, la *United Fruit Company* desde Santa Marta le solicitó ayuda a su gobierno, al estadounidense, ar-gumentando que los guerrilleros liberales se habían tomado los ferrocarriles y que la compañía estaba en peligro inmi-nente, a lo cual el imperio yanqui respondió prestamente con el envío de unos buques para la protec-ción de la frutera, y la intimidación en contra de quienes osaran infamemente atacar los intereses imperialistas y de-predadores de la *gran nación americana*.



Ilustración 26: Firma del tratado de Chinácota

Casi dos meses después del tratado de Neerlandia, el general conservador Ramón González Valencia derrotó en el departamento de Santander a los revolu-cionarios, generales Ricardo Jaramillo y Ricardo Tirado, procediendo a firmar el tratado de Chinácota, con el aval supremo de los generales Gabriel Vargas Santos y Foción Soto. Anteriormente en Li-

beria, cerca de Tibacuy, se había firmado un tratado de paz entre los generales Aurelio Manzuera y Antonio Morales, por parte de los liberales, y el general Indalecio Munevar por parte de los conservadores; también, en la tierra lejana del general Vargas Santos, en Casanare, el general Max Carriazo había capitulado a nombre de la revolución. Eran los postreros pasos para intentar cerrarle la puerta a la guerra, pero dejarla entreabierta, en últimas, perennemente a la violencia secular de los siglos por los siglos, amén.

El final de la guerra con el tratado de Wisconsin

En un hecho totalmente incomprensible, que parecía más una huida o un refugio, en aquellas tierras, el general Benjamín Herrera entró a Panamá durante la navidad de ese año, más exactamente el 24 de diciembre, después de haber armado el ejército revolucionario del Cauca, y comenzó a triunfar prácticamente en todas las batallas que libró en contra de los gobiernistas, cuya soldadesca se dieztaba abrumadoramente a consecuencia de las enfermedades tropicales, puesto que la mayoría de hombres eran traídos desde las cimas de las montañas andinas. En cambio, el ejército de Herrera soportaba con mayor entereza los embates de la naturaleza, ya que estaba compuesto, en su mayoría, por nativos de la tierra cálida y selvática. El general Herrera, en el momento de entregarle su ejército santandereano al general Uribe, en el departamento de Magdalena, recibió el siguiente consejo de éste: «En Panamá estarás seguro, pues los gringos te protegerán en achaques de proteger sus propiedades en el

istmo», dijo el general Uribe al general Herrera. «Mientras tanto yo organizo todo aquí en el interior».

El general Rafael Uribe acertó en que los yanquis protegerían a Panamá, pero siempre manifestó sus dudas, la envidia es grande, sobre las victorias del general Benjamín Herrera en el istmo.

Los gringos al ver amenazados sus intereses en Panamá, puesto que ya habían decidido la construcción del Canal, y solamente esperaban dar el zarpazo final, acudieron inmediatamente con su fuerza a controlar a los insurrectos y, si era el caso, evitar la guerra con el fin de no torpedear el proyecto que por debajo de cuerda tenía los intereses más oscuros patrocinados por los apátridas felones, por los capitalistas gringos y hasta por el propio presidente yanqui. Tomas Perry invadió el departamento en el buque Iowa, y días después del hecho, el gobierno de Marroquín dio el permiso. *¡Invadan mientras llega la orden!* Pero los revolucionarios jamás se intimidaron ante la presencia de las tropas yanquis, quienes, supuestamente, apoyaban al gobierno central de Colombia, pero que con un guiño descarado permitían que los liberales permanecieran en el istmo realizando las maniobras de la odiosa guerra, con el propósito de acopiar argumentos que pudieran sustentar el robo que estaba a punto de perpetrarse en las barbas de todo el mundo. De esta forma planeaban lo que desde hacía mucho tiempo tenían en mente, tomarse a Panamá, y ahora la oportunidad se les servía en bandeja de plata auspiciada tanto por los godos como por los cahiporros, cáfila odiosa de apátridas, que en medio de su odio cancerígeno no veían más allá de las narices, como para

darse cuenta de que sobre sus espaldas se iba a cometer la infamia más grande de desmembración de la patria, de frente, a través de la tramoya y la coerción soterrada del malévolo gigante del norte.

A decir verdad, el departamento de Panamá era uno de esos casos realmente extraños, en donde en virtud a su ubicación estratégica, las potencias le tenían echado el ojo con el fin de construir el Canal, y en la puja sobre el tema, los franceses claudicaron para dicha de los gringos, quienes desplegaron las alas para arropar a una tierra expósita que, a la hora de la verdad, no parecía ser de nadie. El gobierno colombiano hacía en el istmo una presencia de agua tibia, y la situación se manejaba por los nativos de manera, más o menos, independiente a pesar del nombramiento de los jefes civiles y militares desde Bogotá, quienes casi nunca conocían el istmo y su gente. La soberanía no es decir, esto es mío, sino que se debe cuidar. Panamá navegó entre la disyuntiva de sumarse a la confederación que pensaban armar las provincias centroamericanas, pero que a raíz de lo que suele suceder en América Latina, los intereses, la avaricia y la envidia dieron al traste con copiar el modelo norteamericano de un ente de federativo realmente sólido. Hubiese podido existir una unión centroamericana, una bolivariana, con los países que Bolívar libertó, y una de las provincias del Río de la Plata, pero todos esos propósitos apenas quedaron en sueños de envidias y traiciones, y cuando se trataron de revivir, más tarde, solamente se hizo con el ánimo de sacar el mejor partido y apostar quién se quedaba con más, como sucedió con don Zelaya, don Cipriano y don Eloy. Era comprensible, pues por provenir de quienes se provenía, en Latinoamérica no

existía vocación federalista ni, mucho menos, que las diversas provincias tuvieran la sana capacidad de confederarse. La cultura hispana, totalmente diferente a la anglosajona, era disoluta y teocrática hasta la médula de los huesos, desorganizada en un imperio que les quedaba grande administrar, pero en el cual creían imponer un estado definitivamente centralizado y autoritario que les dejaba enormes riquezas. Al contrario de lo que sucedió con las provincias anglosajonas de Norteamérica, Latinoamérica era conquistada a sangre y fuego, mientras en el norte, la gente llegaba en colonias que se desarrollaban bajo los mismos intereses, que practicaban la independencia, pero que, no por eso, sentían la necesidad firme de interactuar con sus vecinos. Así que la idea de instaurar un federalismo, como símil norteamericano, fue para los latinoamericanos su propia desgracia y un modelo extraño a su forma de ser, porque no existía la condición atávica para realizar un experimento ajeno totalmente a su idiosincrasia. Los latinoamericanos habían vivido bajo la férula centralista de los españoles. Esto contribuyó, definitivamente, para que desde México hasta Chile, las dictaduras sangrientas desfilaran, una detrás de la otra, impuestas por cruentas guerras civiles; el rojo tumba al azul y el azul tumba a rojo, y así indefinidamente. Además, al obtenerse la independencia, quedaba una gran riqueza que, por supuesto, los criollos más poderosos comenzaron a disputarse camuflándose entre la ignominia del poder y la guerra. En el Norte, las provincias gozaban de una autonomía especial, y estaban divididas en tres tipos: Las reales, cuyo gobernador era designado por la corona; las propietarias que se les asignaba a personas o compañías particulares por parte de Londres; y,

por último, estaban las de carta, que eran prácticamente unas Repúblicas independientes que elegían a sus propios gobernadores y tenían un poder legislativo representado en una asamblea local. Las colonias tenían su propia religión, todas sectas cristianas, y aplicaban la justicia por su cuenta, aunque el dominio inglés en el aspecto político era más nominal que real, tratando a las provincias como colonias y no como nidos de siervos y esclavos. Obviamente que los ingleses, al ver a sus súbditos fugitivos disfrutar del potencial económico en las nuevas tierras, decidieron el sometimiento económico para acrecentar sus caudales, lo que, antes que cualquier nación americana, hizo que las colonias con un sentimiento de solidaridad e independencia, se rebelaran en contra de los que pretendían ser sus amos, así fueran de su misma etnia y descendieran de ellos.

Panamá al sentirse desprotegida, optó en 1821 por vincularse al proyecto ambicioso de Bolívar de entrar a conformar Colombia, *La Gran*, y lo hizo bajo su propio arbitrio. Sin embargo, internamente bullía el ánimo independentista de unos y el deseo de unirse a la confederación centroamericana, de otros, y por eso José Domingo Espinel intentó el primer movimiento separatista que abortó por la intervención oportuna de El Libertador. Diez años después, el mismo Espinel promovió un segundo movimiento independentista, asunto que aprovechó sagazmente el general venezolano Juan E. Alzuru, quien se alzó con el poder y nombró una junta que declaró la independencia del istmo. El general Tomás Herrera depuso a Alzuru, lo fusiló, quedando como supremo gobernante, pero trece meses después, el gobierno colombiano sentó la soberanía. La tercera separación acaeció du-

rante la guerra de los Supremos, y fue el mismo general Tomás Herrera quien proclamó nuevamente la independencia, pero al ver que el gobierno colombiano no estaba dispuesto a aceptarla, adujo que se unía a Colombia siempre y cuando se instaurara el poder federativo. El engendro de balancín incómodo de una constitución colombiana que no se sabía si era centralista o federalista, acogió al Estado Soberano de Panamá. Los gringos corrieron a reconocer la soberanía colombiana sobre Panamá con tal de que les firmaran un tratado a ciegas para construir el ferrocarril en el istmo que sería una especie de canal de hierro y seco que uniría a Colón con Ciudad de Panamá. Cuando el general Tomás Cipriano de Mosquera emprendió la guerra en contra de don Mariano Ospina Pérez, Panamá se separó por cuarta vez con el temor de que en caso de salir derrotado Mosquera, se iba a instaurar por los conservadores el centralismo, a pesar de que tenían una carta federalista, pero como los liberales triunfaron e impusieron el vestiglo del federalismo a ultranza en un país que no estaba preparado ni para lo uno ni para lo otro, Panamá retornó como hijo pródigo a los ahora Estados Unidos de Colombia. Curiosamente en cada una de las guerras civiles más grandes que asolaron al suelo patrio, el istmo iba y venía, hasta que con la guerra del Trienio Mortal, la última, pero no el fin de la maldita violencia colombiana, Panamá salió corriendo definitivamente, siendo *auxiliada* [robada] por la ignominia del águila imperial, con el *I took Panama*, pero lo más triste, penoso y denigrante, ayudada por los gobiernos colombianos apátridas de turno y sus pro hombres, próceres, mártires, paladines y apóstoles con que las placas conmemorativas exultan su traición.

Verdaderamente, los panameños de la confabulación tenían fincadas sus esperanzas de progreso en la construcción del Canal, y pensaban que no era bueno compartir con los colombianos el potosí que supuestamente se avecinaba. El dinero de los sobornos comenzó a correr a raudales entre los gringos, los panameños y los felones colombianos para consumir el robo. El Canal debía ser para los yanquis de forma exclusiva, mientras los panameños seguirían con su miseria, alentada por el insulso cuento de la libertad y del progreso. Los yanquis, muy inteligentes ellos, hicieron la jugada maestra y los panameños y los colombianos se quedaron sin el perro y sin el bozal.

El general Benjamín Herrera adquirió al fiado el barco *Ibis* a *David Bloom & Co*, una compañía gringa, y lo bautizó con el bonito nombre de *Almirante Padilla*, e inmediatamente comenzó las maniobras en contra del jefe civil y militar del istmo, el general Carlos Albán Holguín. En un enfrentamiento a fuego abierto y de frente, el Padilla se enfrentó con el Lautaro, capitaneado por el general gobiernista. Después de largas horas de combate en donde desde la playa todos, hasta los gringos, permanecían impasibles asistiendo al espectáculo de la guerra como si fueran fuegos deliciosamente artificiales, el general Albán cayó en medio del estruendo de la batalla. La bandera blanca se tendió por parte de los gobiernistas que sobrevivieron, y los mismos revolucionarios le rindieron los honores fúnebres al militar adversario caído en la contienda naval.

El general Herrera, envalentonado con el triunfo sobre el Lautaro, después de haberse auto proclamado nuevo jefe

civil y militar provisional de Panamá, avanzó hasta la ciudad de Colón con el ánimo de tomársela, pero inmediatamente los yanquis se interpusieron y evitaron la avanzada, truncando los anhelos refundidos del general Benjamín Herrera.

Entre tanto, antes de ocurrírsele protestar en contra de los fusilamientos en Bogotá, por parte del carnicero general conservador Arístides Fernández, el doctor Carlos Martínez Silva había sido nombrado embajador en Washington, en donde, no solamente propuso un tratado de paz al general Gabriel Vargas Santos, sino que comenzó las negociaciones para finiquitar el tratado del Canal. Y para no echarse culpas personales, sino mandar el bote de heces en contra de todos, el doctor Martínez renunció al entuerto, dejando el monstruosillo bien crecido, para que el nuevo embajador, don José Vicente Concha, continuara poniéndole las manitas y las patitas. Todos se turnaban ordenadamente para confabularse en contra de la patria y propiciar su desmembramiento: los cahiporros se hacían los de la vista gorda en Panamá y, muy inocentemente, los espurios persistían en su lucha revolucionaria coadyuvando para que se cometiera la gran infamia. El gobierno en Bogotá permanecía sumido en las tertulias literarias de don José Manuel Marroquín que hablaba en el más excelso latín con su hijo, don Lorenzo Marroquín, joven de noble e hidalga estirpe, y con don Miguel Antonio Caro, mientras la soberanía se desmoronaba como un alud al que nadie se atrevía a contener o a intentarlo, si quiera. Toda la partida de sátrapas estaba más interesada en hacer la guerra que en proteger la soberanía de la patria. El Palacio de San Carlos estaba convertido en un palacete medieval de estilo auténticamente hispano, en donde los per-

sonajes deambulaban por los pasillos vestidos elegantemente con capas de fino paño forradas de terciopelo rojo. Implícitamente, el gobierno daba la aquiescencia para que se cometiera el extraordinario atropello, y permitían que la soberanía fuera pisoteada por los gringos, al igual que lo hacían los revolucionarios liberales.

Una de las victorias más asombrosas y descollantes del general Benjamín Herrera en contra de los conservadores del gobierno fue la de Aguadulce, en donde nueve mil revolucionarios divididos en tres destacamentos, Tumaco, Barbacoas y Chocó, arrinconaron a los godos contra unas alambradas que protegían el ferrocarril y apabullaron sin conmiseración al adversario. Los pocos sobrevivientes de la embestida herrestista les entregaron hasta el alma a los revolucionarios, quienes al finalizar el combate, bombardearon y arrasaron el lugar con el ensañamiento de la victoria. Los revolucionarios se habían desquitado de una derrota que meses atrás les habían propinado los gobiernistas, y por eso quisieron borrar de la memoria del destino infame a Aguadulce con la destrucción del bombardeo. Aquella vez, en la primera contienda de Aguadulce, el general Herrera se detuvo en un paraje, luego de asegurarse que los gobiernistas no los perseguían, hizo formar a sus hombres derrotados y los acusó de perder la batalla por cobardía. Todo el batallón fue azotado de manera inmisericorde para que el valor les entrara a punta de chir-lazos, asunto que, según parece, comenzó a dar resultados efectivos.

A finales de agosto, después de la serie repetida de triunfos del general Benjamín Herrera en contra de los re-

ductos del gobierno en cabeza, ahora, del nuevo jefe civil y militar gobiernista, el general Víctor M. Salazar, los gringos desembarcaron por segunda vez decididos a permanecer ya no como espectadores, sino como partícipes directos del robo. Era como si dos niños se estuvieran peleando por un juguete, y llegara un gigante y les dijera: «Niños, no peleen más y denme ese juguete». Y los niños entregaban su juguete al gigante, dejaban de pelear y se iban a llorar con lágrimas de cocodrilo la pérdida. *¡Ni para Dios ni para su santo, sino para el gringo de espanto!*

En el momento en que se iba a dar la batalla crucial entre el general Salazar y el general Herrera, la que hubiera podido dar la victoria final a uno de los dos bandos en contienda, el vicealmirante gringo Thomas C. Mc Laren, apareció en escena, justamente delante de los dos contendientes.

El general Benjamín Herrera cayó en la cuenta de que ya no había caso, y, como por arte de magia, desistió de continuar en la guerra a pesar de que la estaba ganando. Igualmente, el general Salazar desistió, convencido de no sé qué cosa. Los dos quedaron constreñidos por la férula gringa. La revolución había sido vencida en el interior, y el general Uribe había capitulado en Neerlandia, mientras el resto del ejército liberal tambaleaba en medio de los últimos impulsos de la agonía. Thomas C. Mc Laren nombró de un palmo, sin importarle un bledo la soberanía colombiana, a su compañero Silas Casey, gobernador provisional de Panamá. El vicealmirante Mc Laren adujo que hacía este nombramiento transitoriamente, porque era decididamente *neutral*.

El vicealmirante Silas Casey se tomó el poder en Panamá, enfrente de las propias barbas de los dos generales colombianos, el que representaba al gobierno y el que representaba a los liberales revolucionarios, bajo el argumento de contribuir con la paz entre los liberales y los conservadores apátridas. Después de un periodo de profunda meditación bizantina por parte de los jefes en contienda, el general Benjamín Herrera, más triunfante que nunca pero en medio de una actitud tremendamente sospechosa, entró al acorazado Wisconsin, y bajo la ominosa sombra del águila imperial yanqui, firmó el tratado de paz, que, muy jocosamente, declaraba finalizada la *partida de la guerra fratricida en tablas*. Era el 21 de noviembre de 1902. En el más absoluto secreto, el general Herrera recibió una gruesa cantidad de dinero, por parte del gobierno colombiano, para cubrir las deudas contraídas por la revolución en Centro América, porque eso sí, los dictadores ayudaban pero cobraban, con tal de que permaneciera sumido en el más descarado mutismo ante la intención de los gringos para robarse a Panamá. Sospechoso, ¿verdad? ¿De dónde salió tanto dinero si el país estaba en crisis? El general Vargas Santos y el general Foción Soto ya habían declarado en Washington, tiempo atrás, que, en caso de ganar la revolución, venderían la compañía francesa del Canal a los yanquis. De esta forma, los insignes liberales se comprometían con la confabulación del despojo, pues, a la hora de la verdad, el negocio iba a ser opulento, gobernara quien gobernara, triunfara quien triunfara o perdiera quien perdiera; la partida se ganaba con cualquier resultado por parte de los gringos. *¡Con cara gano yo, con sello pierde usted!*

El general Herrera intrínsecamente era consciente de que, a pesar de los triunfos en Panamá, la derrota total de su guerra era verdadera, pues los revolucionarios apenas subsistían como un recuerdo en la mayor parte del país, y apenas unos que otros tiros se dejaban escuchar en la inmensidad del suelo patrio. La guerra de la terquedad era vencida por la apatía, más no por el coraje y el patriotismo de ninguno de los bandos en contienda. «¡Vamos, pues, a firmar el sacrificio!», exclamó tristemente el general Herrera en el momento en que entraba al acorazado Wisconsin a firmar el tratado, que había sido impuesto y obligado soterradamente por intermedio de los yanquis.

En el tratado de Wisconsin quedó consignado muy claramente que el gobierno colombiano debía pagar, además, el



Ilustración 27: El acorazado *Wisconsin*.

buque adquirido por el general Benjamín Herrera, el Almirante Padilla a la David Bloom & C^o. Colombia perdía la guerra con la destrucción casi total, más de cien mil muertos, el territorio nacional asolado, miles de desplazados, la economía por el suelo y las poblaciones destruidas, devoradas implacablemente por la yerba silvestre, que como una maldición no perdona, y el acrecentamiento de los odios entre las dos colectividades históricas que se disputaban el poder de las riquezas terrenales. ¡La dignidad estaba perdida por siempre!

Al día siguiente, el general Herrera dictó la última orden generalísima de la guerra, disolviendo los ejércitos revolucionarios del Cauca y de Panamá, y amenazando a los que continuaran con la lucha de entregarlos al gobierno central para su ajusticiamiento. Victoriano Lorenzo no aceptó de buena gana el tratado, pues rememoremos que ya no se capitulaba sino que se trataba, e hizo algunas incursiones a pesar de la firma, asunto que le desagradó enormemente al jefe tratadista hasta el punto que lo hizo apresarse para entregárselo al gobierno colombiano. Victoriano Lorenzo fue fusilado dos meses después de haberse firmado el tratado del Wisconsin, asunto que le echó su llamarada al fuego de la desmembración patria.

En Bogotá no se hicieron esperar los festejos de glorificación, una vez confirmado el tratado de Wisconsin, y los liberales como los conservadores proclamaron el triunfo, aun-

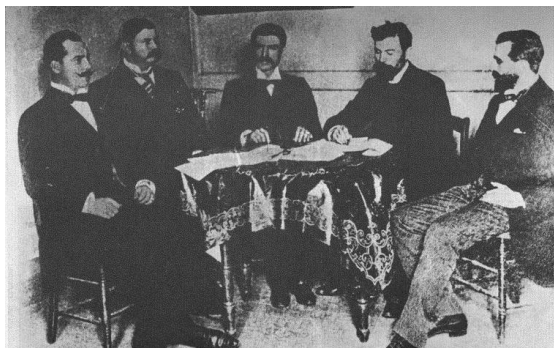


Ilustración 28: El momento de la firma del Tratado de Wisconsin.

que lo cierto fue que el gobierno de don José Manuel Marroquín permaneció impávido en el poder, a la vez que la nube caliginosa de la tormenta de la guerra se desplazaba amenazante sobre los cielos de la patria, producto del conflicto que legalmente terminaba

el 1° de junio de 1903, cuando fue levantado el estado de si-

tio, restituidos los derechos políticos de los liberales, pero la nación continuaba entre el ajetreo malvado de la inquina. A contrapelo, en febrero un grupo de liberales se declaró decidido a desconocer los tratados de Neerlandia, Chinácota y Wisconsin, intentando poner un nuevo palo a la rueda de la cesación del conflicto, pues siempre hay estúpidos que cometen calaveradas, pero, afortunadamente, el hecho no quedó más que en insulsas palabras que no tuvieron eco, porque no existía un solo céntimo para continuar con la aventura y porque ya todo estaba consumado. *¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!*

Quién iba a pensar que la ciudad capital estaba ya en paz, y que desde su corazón se había fraguado miserablemente por los godos y los cachiporros la guerra más cruenta, imbécil, miserable y destructiva como epílogo mortal a la contienda decimonónica. Todo se veía tan tranquilo, tan monótono, tan lleno de grima, que no parecía para nada que el nuevo siglo, el de los grandes acontecimientos científicos y de las grandes guerras de la humanidad, había despuntado esplendoroso entre las nubes endrinas. La capital era un villorrio desagradable y yerto, con la bruma perenne sobre la cordillera Oriental y el rocío que embellecía a la sabana a lo lejos. Así y todo, continuaba siendo el corazón de la nación, el mismo sitio en donde los buenos y los malos corrían a guarecerse de su propia desdicha, el mismo sitio en donde se ejecutaban las componendas para enriquecerse y someter a la patria, y el mismo sitio sumido por el olvido de su presente ilógico y descorazonado. Las calles principales estaban empedradas e invadidas de yerba maligna, mientras las heces rodaban calle abajo por los desagüaderos construidos a cielo

abierto. Las calles de los pobres eran lodazales insoportables en donde las gallinas picaban aquí y allá, los perros correteaban en tremenda tropelía detrás de las perras en celo y los cerdos revolcaban la tierra apestosa con su jeta. El olor era fétido, pues humanos y bestias se juntaban con su insoportable sudor para convertir la atmósfera en una capa brutalmente convertida en acre. Las casas, como si la última guerra las hubiera atacado a punta de cañonazos, estaban descuidadas y algunas, especialmente hacia el sur, cerca del barrio Santa Bárbara y de las Cruces, se derrumbaban en medio de la desidia, y los habitantes pasaban por entre los escombros de la dejadez, haciéndoles apenas el quite. La actividad social de los pobres, ruanetas, sombrerones y vestidos descuidadamente, se daba en los chorros de agua, en los ventorrillos y en las chicherías, mientras los ricos cachacos organizaban fiestas en sus casas con pianolas traídas de Europa, que ya no llegaban a lomo de mula por el camino de Facatativá, como antaño, sino en ese animal largo y musco que gramaba echando humo sobre los rieles tendidos sobre la majestad de la sabana; era el mismo ferrocarril que había llevado y traído a los personajes de la guerra. El grueso del comercio de trebejos, aparejos, tiestos, vasijas, canastas, banastos, y cuanta más cosa de utilidad para el trabajo podía existir, se realizaba en la Plaza de San Victorino, entre los gritos de ya llegó la encomienda, se vende tal o cual cosa, cómpreme esto y muchas palabras perdidas entre la fetidez del tiempo, porque, al contrario de los costeños, los cachacos [los de Montería hacia abajo, según ellos] no proferían en público palabrotas groseras. La barahúnda se completaba por las zorras aparcadas en cualquier sitio y de manera arbi-

traría, por las bestias rumiando y ciscando a todo tropel, los cargueros y los pelafustanes de que le hago el favor, *mi doctor*, mientras en un descuido metían la mano a los bolsillos para sustraer algo que, aunque no les sirviera, era el triunfo de su astucia.

Más atrás estaban los metederos de mala muerte y los despachos de los teguas milagrosos que curaban cualquier mal con solo apretar la mano, los adivinos de la desventura y la mujer estigmatizada que mostraba por un céntimo las llagas que la pasión de Cristo le habían ocasionado veinte siglos después. Abajo, hacia los Mártires, por los lados del triste obelisco en donde defecaban y orinaban los borrachos y los femateros, estaba la cueva de los malandrines que por las noches se enmascaraban y salían a cometer robos en las casas y en las calles de los ricos, y hasta en los ranchos de los pobres con algo de mayor honestidad.

El presidente Marroquín continuaba ensimismado en sus tertulias literarias, apartado del mundo allende las fronteras, mientras su hijo Lorenzo Marroquín intentaba ser escritor de *Pax*, una novela que tuvo la proeza de hacer dos ediciones en una tierra de analfabetas, y disfrutaba las riquezas que el tráfico mercantilista de la guerra le había dejado con los negociados de tierras, ganado, mulas y caballos, mientras asesoró, también, el carrusel de las ventas de los menajes y pertrechos indistintamente entre los ejércitos conservadores y liberales, a la vez. Otras voces, no tan ocultas, se atrevieron a afirmar que el sucio dinero que se distribuía como soborno desde Panamá, a manos llenas, para comprar las endebles consciencias de los traidores, y permitir el robo

del istmo por parte de los yanquis, había llegado furtivamente hasta su castillo en la Caro, rodeado de hermosas fuentes y jardines de rosas interminables, como si no le bastara la mansión en Bogotá en donde exhibía cuadros de Velásquez, una versión extraña y maravillosa del Quixote, mesas redondas finamente talladas, tinteros de cuernos, plumas de ganso y guantes de hierro. Don Lorenzo Marroquín fue catalogado como paladín conservador y caballero exquisito que en medio de esa nobleza e hidalguía, exhibía a la entrada de su majestuosa residencia el escudo de armas de su linaje, al mejor estilo de los duques, condes y marqueses de la malvada nobleza europea.

A su vez, todas las poblaciones por donde pasó el vestigio de la guerra, que fueron la mayoría de la patria, exceptuando las del departamento de Antioquia, porque no participó en la guerra, se erguían con deprimente altivez entre sus propios escombros y ruinas, hediendo a muerte anunciada, con los gallinazos volando en círculos en medio de la inmensidad cerúlea, dejándose devorar rápidamente por la hierba agreste y malsana, desocupadas como pueblos fantasmas, mientras las fieras jugueteaban alegremente entre los desechos de la infamia humana. Todos habían huido o, simplemente, habían ido a morir en la guerra. Todos habían muerto en medio de la expoliación a que eran sometidos por el ejército libertador de los liberales o por el ejército libertador de los conservadores. Los pocos sobrevivientes mascullaban con infinito odio su desventura en contra de los adversarios, y juraban tomar venganza a la menor oportunidad. No había recursos para trabajar, pues todos se habían invertido

en la guerra, y los pocos que usufructuaron, escondían sus enormes caudales en el extranjero.

...Desde entonces continuó creciendo la inquina que dio origen a nuestra violencia, y aunque oficialmente no hubo más guerras civiles, hoy Colombia tiene el deshonroso título de ser la única nación americana que tiene un conflicto interno; dicho en otras palabras, que todavía está en guerra, a pesar de que Bogotá, como durante la Guerra de los Mil Días, parece una ciudad en calma que sabe de la violencia pero que le parece ajena aunque sufre sus consecuencias.

El centenario de la guerra

Sin una conmemoración digna de exaltar, se cumplió el primer centenario de la Guerra de los Mil Días, pasando casi desapercibida la gran mancha de la ignominia que condujo, no solamente a la eversión del país, sino la pérdida de Panamá y el inicio de unos tratados que terminaron desmembrando a la nación por todas sus fronteras. En el Museo Nacional, el otrora feroz Panóptico, obra del arquitecto Thomas Red, se hizo una exposición sobre la guerra del Trienio Mortal. A nadie le interesaba averiguar algo tan distante que parecía pertenecer a otro mundo, y, menos, cuando la culpa recae directamente sobre los partidos tradicionales, y, mucho menos, cuando la secuela de la violencia sembrada en el Siglo XIX ha llegado hasta el tercer siglo a consecuencia de una maldición inequívoca que nos ha castigado ininterrumpidamente con una guerra bicentenaria. Sin embargo, este es un país en donde hasta la miseria de la guerra y la crueldad son

temas fantásticos. Terminada la guerra de los Mil Días, quedó el rescoldo tibio que esperaba el momento oportuno para estallar. Amén, los liberales y los conservadores convivieron



Ilustración 29: General Alfredo Vásquez Cobo (C)

en una paz inquieta, sin olvidar del todo el pasado, y por primera vez, una vez establecidos los partidos como tales, los godos perdieron su hegemonía a través del sufragio, y en 1930, don Enrique Olaya Herrera, el que había hecho sus pinitos guerreros al lado del general Rafael Uribe, salió elegido presidente a consecuencia de la división conservadora entre el general Alfredo Vásquez Cobo y el poeta Guillermo Valencia. Empero, los godos continuaron siendo mayoría en el parlamento, siendo derrotados por la apatía de los versos y de las espadas. A pesar de todo, la constitución de 1886 no caía vencida plenamente a manos de los liberales, quienes se atrevieron a gobernar, y pudieron hacerlo, sin necesidad de forjar una nueva carta. Eran los cahiporros gobernando con la constitución de los godos, y quienes adujeron con desfachatez que los conservadores habían puesto en sus manos un instrumento eficaz para poder gobernar consolidadamente. Así que la constitución de 1886 terminó amada por los rojos y, por supuesto, por los azules; esto demostraba que lo importante de las constituciones no era su espíritu, sino la forma en que se podían aplicar. La carta de Núñez y de Caro terminó muerta, también, de infarto a consecuencia de una séptima papeleta que unos jóvenes universitarios impulsaron con el ánimo de crear una patria nueva de entre los escom-

bros, pero lo que con escombros se construye, en escombros queda. De todas formas, la constitución de 1886 fue la única constitución de las mil que logró sobrevivir por más de un siglo, en donde se incubó ese rescoldo de venganzas subrepticias entre godos y cahiporros, pues sin importar los cacareos del gobierno, comenzaron a batirse en una interminable sed de venganza entre los montes y cañadas. Todos recordaban los oprobios sufridos por el partido triunfador, que los radicales, que los regeneracionistas, que las arbitrariedades de uno y de otro bando, que el rojo y el azul son, en esencia, como el agua y el aceite. De ese remanente de rencores explotó la violencia de mediados del Siglo XX. En el fondo, con los liberales en el poder, los godos recalcitrantes no aceptaban tal situación y en muchos pueblos se armaron verdaderas guerras, se quemaron templos, periódicos, y la guerra continuó a espaldas del gobierno central, que a todo grito señalaba que los conservadores tenían las garantías suficientes para hacer política, a la vez que los cachiporros se sentían con derechos plenos para cobrarse las afrentas y derrotas producidas por las tres últimas guerras civiles.

Fui a ver la exposición sobre la guerra de los Mil Días que se exhibía en el antiguo Panóptico, convertido en Museo Nacional cuando la cárcel de la Picota se construyó en un paraje apartado de la ciudad, hasta donde la maldición de la sobrepoblación llegó para devorársela paulatinamente entre las ruinas de la pobreza, que se enquistó profundamente a consecuencia del desplazamiento producido por los diversos matices de la violencias pero de un mismo origen: el del desequilibrio social, producto de la injusticia del sometimiento, de la pobreza extrema y de la falta de oportunidades a la que

el pueblo es sometido, sin siquiera poder soñar con una vida mínimamente digna. Lo primero que vi, como penetrando a un mundo extraño y ajeno, fue una bandera roja en donde se encontraba, en el centro, el escudo de Colombia con un cóndor negro que más bien parecía un chulo, y en cambio del lema *libertad y orden* aparecía escrito el pomposo nombre de *República Liberal*. Era una bandera carcomida por el tiempo. También vi la cruz de madera rústica que había adornado la pirámide de calaveras en Palonegro, como vestigio de la insania humana.



Ilustración 30: Libros sobre la guerra.

Más adelante, estaba el escudo del ejército liberal, y la referencia de que el departamento de Antioquia no había entrado a la guerra, mientras el resto del territorio nacional se desangraba con peligro de muerte.

También había unos dibujos hechos por europeos en donde se mostraba a los criollos soldados de uno y de otro bando, perfectamente uniformados, rubios, fornidos y empuñando fusiles de última tecnología para la época.

Observé los originales, metidos entre una vitrina del libro *La Guerra en el Tolima*. Vi la leyenda que indicaba que el general Benito Ulloa y el Negro Marín habían sido capturados por los conservadores en Sasaima, y sometidos a un desfile denigrante, en donde la cáfila los insultaba, los escupía y hasta los golpeaba, mientras, en compañía de otros prisioneros, marchaban de manera humillante desde la Plaza de Bolívar hasta el Panóptico, por más de veinte cuadras. El

general Ulloa fue uno de los que se escapó por las alcantari-llas de la horrenda chirona el 8 de noviembre de 1901.

No dejó de sorprenderme la hermosa letra de las misivas que los señores generales se enviaban, aunque el general Uribe prefería el modernismo y ya utilizaba una máquina de escribir Remington. En este tipo de caligrafía estaba escrito un mensaje que me causó estupor:

Bucaramanga, 21

Amigos Caicedo y Casas

Tenemos que darles otra cargada a los Rojos, porque les quedaron ganas.

Amigo

Ordóñez Betancourt.

También pude ver la preciosa vasija de plata, a manera de totuma, en donde el general Uribe tomaba agua. Aprecié otro libro interesante intitulado *Guerra en el Istmo, Recuerdos de la Guerra*, cuyo autor era Domingo S. de la Rosa. Otro título que no dejó de sorprenderme fue el de *El tiro de la Infantería*, por Pedro Sicard Briceño, el mismo general que había advertido premonitoriamente el contubernio del Batallón Colombia en Panamá, en donde se enseñaba el manejo de las armas. Al lado de este libro aparecía otro, *Táctica de infantería para una y para dos filas*, por Emory Upton.

Aprecié la imponente capa negra de paño inglés, forrada en seda roja que utilizó el presidente Marroquín para

enaltecer su acervo literario y de noble estirpe dentro del Palacio de San Carlos, y en las ceremonias más esplendorosas que la oligarquía bogotana ofrecía a sus pares para destellar el oprobio.

Terminé rápido la visita, porque la exposición estaba en una sala pequeña, a la entrada, del Museo Nacional, el otro Panóptico, símbolo de la degradación humana en una guerra fratricida, que no solo minó la riqueza nacional sino la consciencia de los colombianos.

Tabla de ilustraciones

ILUSTRACIÓN 1: RAFAEL NÚÑEZ	7
ILUSTRACIÓN 2. GRUPO DE MILITARES POSANDO	8
ILUSTRACIÓN 3: MIGUEL ANTONIO CARO.....	9
ILUSTRACIÓN 4: JOSÉ MANUEL SANCLEMENTE.	11
ILUSTRACIÓN 5: GENERAL Y DOCTOR RAFAEL URIBE (L).....	12
ILUSTRACIÓN 6: DIBUJO DEL CADÁVER DE UN REVOLUCIONARIO.....	13
ILUSTRACIÓN 7: DON JOSÉ MANUEL MARROQUÍN.....	14
ILUSTRACIÓN 8: GENERAL JORGE HOLGUÍN (C)	17
ILUSTRACIÓN 9: ESCUDO DE LA REPÚBLICA LIBERAL.....	18
ILUSTRACIÓN 10: GENERAL GABRIEL VARGAS SANTOS (L).....	21
ILUSTRACIÓN 11: GENERAL ZENÓN FIGUEROA (L).....	23
ILUSTRACIÓN 12: GENERAL BENJAMÍN HERRERA (L).....	24
ILUSTRACIÓN 13: EJÉRCITO LIBERAL.....	27
ILUSTRACIÓN 14: DIBUJO DEL PUENTE SOBRE EL RÍO PERALONSO.....	31
ILUSTRACIÓN 15: NIÑOS SOLDADOS OFICIALISTAS.....	34
ILUSTRACIÓN 16: EL PANÓPTICO.....	39
ILUSTRACIÓN 17: GENERAL PRÓSPERO PINZÓN (C).....	41
ILUSTRACIÓN 18: DESPEDIDA DEL EJÉRCITO GOBIERNISTA EN LA PLAZA DE BOLÍVAR.....	42
ILUSTRACIÓN 19: LA PIRÁMIDE DE CALAVERAS.....	43
ILUSTRACIÓN 20: EL <i>NEGRO</i> MARÍN (DERECHA)	50

BREVE HISTORIA DE LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS EN COLOMBIA

ILUSTRACIÓN 21: JOSÉ VICENTE CONCHA.....	52
ILUSTRACIÓN 22: DOCTOR CARLOS MARTÍNEZ SILVA.....	58
ILUSTRACIÓN 23: GENERAL FOCIÓN SOTO (L).....	60
ILUSTRACIÓN 24: GENERAL PEDRO NEL OSPINA (C).....	63
ILUSTRACIÓN 25: RAFAEL URIBE URIBE.....	85
ILUSTRACIÓN 26: FIRMA DEL TRATADO DE CHINÁCOTA	89
ILUSTRACIÓN 27: EL ACORAZADO <i>WINSCONSIN</i>	101
ILUSTRACIÓN 28: EL MOMENTO DE LA FIRMA DEL TRATADO DE WISCONSIN.....	102
ILUSTRACIÓN 29: GENERAL ALFREDO VÁSQUEZ COBO (C).....	108
ILUSTRACIÓN 30: LIBROS SOBRE LA GUERRA.....	110

Bibliografía

Caicedo, Edgar. *Historia de las luchas sindicales en Colombia* [SMD]

Colmenares, Germán. *Partidos políticos y clases sociales*. [SMD]

Cordovez Moure, J. M. *Reminiscencias de Santa Fe de Bogotá*. Bogotá. J. C. Cultura.

Durán, Justo L. *La revolución del 99*. [SMD]

H. Justo Ramón. *Historia de Colombia*. Bogotá. Editorial Stella.

Ibáñez, Pedro M. *Crónicas de Bogotá*. [SMD]

Martínez, Silva. *¿Por qué se caen los partidos políticos?* [SMD]

Peña, Margarita y Mora, Carlos Alberto. *Historia de Colombia*. Bogotá, Editorial Norma. 1985.

Rodríguez, Gustavo Humberto. *Benjamín Herrera en la guerra y en la paz* [SMD]

Santa, Eduardo. *Rafael Uribe Uribe*. Bogotá. Biblioteca Colombiana de Cultura. 1986.

Tamayo, Joaquín. *La revolución de 1989*. [SMD]

Tirado Mejía, Álvaro. *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. [SMD].

Índice

- Alfonso López Pumarejo, 73
Alfredo Vásquez Cobo, 107
América, 86, 91, 99
Anapoima, 16, 22, 31, 50
Antioquia, 67, 105, 109
Antonio Roldán, 8
Aquileo Parra, 11, 18, 34
Aristides Fernández, 50
Avelino Rosas, 36, 48, 65, 66
Barranquilla, 24, 87
Benjamín Herrera, 22, 27, 29,
36, 43, 71, 74, 80, 81, 89, 90,
95, 96, 97, 98, 99, 100
Bernardo Herrera Restrepo, 74
Bogotá, 10, 15, 16, 22, 26, 28, 38,
49, 52, 53, 58, 59, 61, 70, 74,
79, 81, 83, 91, 96, 101, 105
Boyacá, 22
Bucaramanga, 18, 22, 25, 27, 38,
40, 110
cachiporros, 11, 39, 55, 79, 88,
102, 108
Caribe, 37
Carlos Albán Holguín, 95
Carlos Arturo Torres, 82
Carta Magna, 11
Casanare, 11, 89
Chile, 92
Chocó, 97
Cipriano Castro, 13, 27, 37, 72
Colombia, 24, 33, 57, 67, 70, 72,
80, 90, 93, 100, 109, 110
Concordato, 11
Congreso Nacional, 52
conservador., 6, 50
conservadores, 6, 7, 12, 13, 15,
16, 18, 19, 22, 24, 25, 28, 29,
30, 31, 32, 33, 35, 36, 38, 44,
45, 49, 52, 53, 57, 59, 61, 63,
64, 67, 68, 71, 73, 76, 77, 80,
81, 89, 94, 97, 99, 101, 104,
107, 109
Constitución de 1886, 8
Constitución de Rionegro, 7
Corte Suprema de Justicia, 10,
52, 74
Cristo, 104
Cundinamarca, 34, 35, 49, 53,
62, 76
Directorio Liberal, 8, 18
Enrique Olaya Herrera, 107
España, 36
Estados Unidos de Colombia, 33,
94
Foción Soto, 9, 59, 60, 79, 88, 99
godos, 12, 77, 91, 97, 102, 107
Guillermo Quintero Calderón, 8
Henrique Arboleda, 45, 75

- Históricos, 7, 8
Honda, 36, 73
Jorge Holguín, 14, 75
José Manuel Marroquín, 9, 14,
17, 52, 80, 96, 101
José María Palacio, 23
José Santos, 15, 21, 32
José Vicente Concha, 51, 71, 75,
76, 96
Juan B. Tovar, 29, 84, 87
Juan Mac Allister, 36, 49
Justo L. Durán, 22, 28, 29, 30,
37, 71, 80
La Crónica, 15
la Dirección Liberal, 17
Lautaro, 95, 96
Ley 61 de 1.888, 56
Ley de los Caballos, 56
liberales, 6, 7, 11, 13, 14, 15, 17,
18, 19, 20, 22, 23, 24, 25, 27,
28, 29, 30, 31, 33, 35, 37, 38,
39, 44, 45, 46, 48, 49, 50, 51,
53, 55, 58, 62, 63, 64, 67, 69,
71, 72, 73, 74, 76, 77, 79, 81,
82, 83, 84, 87, 88, 89, 90, 94,
97, 99, 101, 104, 107
Lorenzo Marroquín, 96, 104
Manuel Antonio Sanclemente, 9,
57
Manuel Casabianca, 32
Mariano Ospina Pérez, 94
México, 92
Miguel Abadía Méndez, 51
Miguel Antonio Caro, 7, 55, 77,
96
Miguel Samper, 9
Ministerio de Guerra, 61, 76, 80
Nacionalistas, 7, 10
Neerlandia, 85, 86, 88, 98, 102
Negro Marín, 49, 54, 82, 109
Nicaragua, 70
Nueva York, 70, 71
Pablo E. Villar, 36
Pájaro Carpintero, 16, 23, 55
Palacio de San Carlos, 51, 62,
68, 97, 111
Palonegro, 40, 47, 51, 61, 75, 109
Pamplona, 32, 33
Panamá, 70, 83, 84, 87, 89, 90,
91, 93, 96, 99, 100, 101, 105,
106, 110
Panóptico, 14, 39, 59, 60, 61, 76,
77, 79, 106, 108, 110
Pedro Nel Ospina, 62, 68, 74
Peralonso, 31, 32, 33, 38, 47
Plaza de Bolívar, 28, 50, 110
 Próspero Pinzón, 29, 32, 39, 44,
45, 51, 52, 61
Radicales, 11, 34
Rafael Núñez, 7
Rafael Reyes, 9, 16, 29, 76, 78
Rafael Uribe, 11, 14, 15, 16, 25,
27, 28, 30, 31, 33, 36, 43, 68,
69, 71, 74, 79, 84, 85, 86, 90,
107
Ramón González Valencia, 30,
88
Ramón Neira, 22, 29
Regeneración, 7, 10, 12, 16, 43,
57
República Liberal, 6, 17, 33, 35,
36, 67, 109

- revolución liberal, 6, 15, 17, 21, 25
- Río de la Plata, 91
- Río Grande de la Magdalena, 24, 59
- Riohacha, 37, 71, 80, 81
- Salinas de Chita, 19, 86
- San Cristóbal, 72
- San Diego*, 60
- San Victorino, 103
- Santa Marta, 86, 88
- Santa Sede, 11
- Santander, 17, 20, 21, 24, 32, 38, 59, 88
- Sergio Camargo, 8, 11
- Siervo Sarmiento, 37, 43
- Soacha, 49, 79
- Sumapaz, 49, 50
- Tequendama, 16
- Tolima, 35, 48, 49, 64, 68, 82, 109
- Tomás Cipriano de Mosquera, 94
- Trienio Mortal, 83, 88, 94, 106
- United Fruit Company*, 88
- Venezuela, 13, 22, 70, 72
- Villeta, 58
- Washington, 76, 96, 99
- Wisconsin, 99, 100, 101
- yanquis, 90, 95, 96, 99, 100, 105
- Zenón Figueredo, 22, 25, 29
- Zulia, 37

Recopilado y adaptado de mi libro *La ley de los caballos*. (2006)
30 de diciembre de 2011, en Bogotá, D. C.

